S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

LEGADO DE UN "GANGSTER"

ALAN STAR



LEGADO DE UN ¨GANGSTER¨



Legado de un "gangster"

Por

Alan Star



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 14.083 - 1961
Número de Registro: 2.052 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

El doctor Sullivan asintió con un corto gesto de cabeza, y Callowan, que tenía el informe sobre la mesa, dijo:

—Es el Penal del Desierto.

—¿Por qué le llaman así?

—Porque está situado en pleno desierto marciano, a unas seiscientas millas al sur de Marsville, la ciudad.

—¿Y ese tipo?

—Se llama Fred Singer y fue condenado, por robo, a diez años de prisión. Al ser sorprendido, golpeó a un agente de la policía marciana al que hubo que amputar un brazo. Por eso la pena fue fuerte.

—¿Y ahora?

—Singer va a gozar de una medida de clemencia por buena conducta. Lleva cuatro años y va a ser liberado dentro de un mes.

Callowan suspiró y encendió uno de sus famosos habanos.

—Y aquí empieza lo curioso —dijo después—. Nadie se había acordado de él. Durante sus años de encarcelamiento, sólo su mujer le envió lo que pudo, visitándole, la verdad es ésa, con poca frecuencia, ya que no se llevaban muy bien. Pero, hace seis meses, un abogado de los mejores de la ciudad fue a ver al director para interesarse por él. A partir de ese momento y cuando le comunicaron que sería puesto en libertad pronto, Singer fue objeto de una serie de atenciones que nunca tuvo.

—Explícate —instó Pat.

—Verás, Sullivan. Paquetes de todas clases, regalos, tabaco e incluso dinero, llovieron sobre él.

—¿Quién se los enviaba?

—No lo sabemos.

—¿Entonces?

—Hay algo oscuro en todo esto, Pat. El director del Penal empezó a informarme, extrañado como es natural. No pudo impedir el paso de los paquetes, comprados en almacenes que se encargaban de enviarlos, por gente que nunca dejaba su nombre ni su dirección, pero que pagaba lo que fuese. Y

los paquetes, como te decía antes, no fueron detenidos porque su contenido era el normal que se puede admitir para un condenado.

—¿No tenía amigos ese Fred?

—Pocos. Trabajaba solo y no necesitaba la ayuda de nadie.

—¿A qué se dedicaba?

—Cajas de caudales. Era un verdadero maestro y muy pocos cofres se le resistían.

—Sigo sin comprender.

—Yo tampoco entiendo mucho; pero, sin embargo, deduzco una cosa.

—¿Cuál?

—Alguien necesita a Fred y está cuidándole para invitarle a trabajar con él en cuanto salga.

—¡Ahora veo claro!

Callowan sonrió.

—Pues tienes suerte. Yo no lo veo así. Porque me extraña un poco que hayan esperado con tanta paciencia la salida de Singer.

—¿Qué quieres decir?

—Que quieren que haga un trabajo muy especial.

—¿Abrir un cofre?

—Desde luego; pero ¿cuál? Y ¿qué contiene ese cofre?

—No lo sé.

—Yo tampoco. Pero, de todos modos, tenemos que intentar algo. La importancia de lo que desean que Fred abra nos empuja a hacer lo que podamos para enterarnos.

—¿Tienes algún plan?

—Sí. Aunque es difícil.

—¿Por qué?

—Porque he tenido que pasarme diez días examinando los ficheros para encontrar a alguien que se parezca lo suficiente a Singer para poder pasar por él.

—¿Y lo has encontrado?

—Sí... y no.

Pat frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ninguno de los agentes se parece a él. Singer, no lo olvides, tiene cuarenta y tres años y ninguno de los hombres de la SIP es tan viejo... sin contarnos a nosotros, claro está.

—Desde luego —rio Pat.

—No obstante, hay un hombre que se parece extraordinariamente al prisionero. Unos toques en el rostro, un poco de tinte en el pelo y todo podría arreglarse.

—¿Quién es?

—Fred Reed. ¿No le recuerdas?

—La verdad, no.

—Trabajó con nosotros hasta hace siete años en que contrajo matrimonio. ¿No recuerdas aquel muchacho alto, con cabellos pajizos, que intervino en el caso de los diamantes en colaboración con Namura?

—¡Ahora sí que lo recuerdo! ¿Dónde está ahora?

—Vivía en Boston. Pero lleva dos meses en el Penal del Desierto.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Frank es, actualmente, el alumno más interesado que Fred Singer tuvo en su vida.

—¿Qué le está enseñando?

—Muchas cosas. Primeramente, a abrir cofres. Se ha dispuesto un verdadero laboratorio en los sótanos del penal, lejos de la curiosidad de guardianes y presos: un verdadero centro secreto donde Fred está enseñando a nuestro exagente el difícil oficio de violar las cajas fuertes con la facilidad que él lo hacía. Pero aún le enseña más. Está pasando su personalidad, sus recuerdos, todo, a la mente de Frank, para que éste se encuentre en condiciones de contestar a cuantas preguntas le hagan, por malévolas y malintencionadas que sean.

—Comprendo.

—Por las noticias que he recibido, Reed es un maravilloso alumno y aprende a toda velocidad.

—¿Y qué dice el otro?

—Hablamos francamente con él. Como vulgarmente se dice, pusimos las cartas sobre la mesa. La prometimos un empleo lucrativo, precisamente en una casa alemana, la más importante en la fabricación de cajas de caudales.

—¡No digas! —rio el doctor.

—Es en serio, Pat. Singer trabajará, con otro nombre en Alemania y será el que pruebe las cajas, introduciendo las modificaciones pertinentes para que tipos tan hábiles como él no puedan atreverse a abrirlas.

—No está mal.

—Él está muy contento y su familia ha sido trasladada ya Alemania, donde le espera ya.

—¿Y Frank?

—Aceptó enseguida. Guarda demasiados buenos recuerdos de la SIP para no prestarse a echarnos una mano. Su mujer y su hijo están ya en Marte, en el

domicilio en el que vivían los familiares del preso. Hasta en esto hemos tenido suerte, ya que tanto el uno como el otro tenían esposa y un hijo de cinco años.

—¡Sí que ha sido suerte!

Y después de una pausa, Callowan dijo:

—Dentro de poco, Frank, que desde ahora se llama Fred Singer, estará en condiciones de ser liberado. Y entonces veremos lo que ocurre.

—¿Crees que merece la pena todo este esfuerzo?

—Estoy convencido de ello, Pat. Hay varias organizaciones criminales en Marte y sólo tenemos vagas noticias de un par de ellas, precisamente las menos importantes. El nuevo Singer podrá aclararnos muchas cosas y permitirnos descubrir otras más interesantes.

—Pero el trabajo de ese muchacho va a ser peligroso.

—Lo sé, pero lo ha admitido.

—¿Y la familia?

—No hemos tenido más remedio que suplantarla, por si los tipos que se interesan por él deseaban hacer algunas investigaciones suplementarias; aunque hay algo que no te he dicho... o en lo que no has prestado demasiada atención.

—¿El qué?

—Que Singer y los suyos no se llevaban muy bien... porque él lo quiso así.

—No entiendo.

—En realidad, Singer quiere mucho a su mujer y a su hijo, pero hizo lo posible, en cuanto fue detenido, para evitar que ellos se mezclasen en nada. La mujer debió comprenderlo y cambió de dirección, rompiendo así con el pasado. Él había dejado bastante dinero para que no faltasen de nada, pero no quería que su entrada en prisión significase un escándalo para los suyos.

—Por eso, la mujer y el niño desaparecieron prácticamente de la circulación y tal cosa nos ha permitido sustituirlos por los familiares del exagente sin llamar demasiado la atención: un nuevo cambio de domicilio y todo se ha hecho sin dificultades.

—¿Quiere decir eso que Frank tendrá que mantenerse lejos de los suyos?

—Sí; pero al mismo tiempo tenemos una familia, si es que la gente que desea entrar en relación con él sospecha algo. Las documentaciones se han cambiado, dejando sólo los nombres. Así, Patrice Reed se llama ahora Patrice Singer y el pequeño Paul Reed se ha convertido en Paul Singer.

—Con el niño será más difícil la comedia.

—Un poco más. Pero la mujer de Frank es una criatura maravillosa y sabrá inculcarle al niño lo que sea necesario.

—¡Pobre mujer! ¡En buen lío se ha metido!

—Fue ella misma la que se prestó voluntaria. Sabe lo que la SIP significó

siempre para su esposo y está dispuesta a ayudarle en lo que sea.

—Entonces quien saldrá de prisión será Frank, ¿no es así?

—Sí. Dentro de poco, unos meses, y cuando nuestro nuevo y viejo agente esté preparado, saldrá con la personalidad de Singer.

—¿No ha recibido el verdadero Singer ningún mensaje especial?

—No.

—¿Y no sabe de quién pueden llegar los paquetes y el dinero?

—Tampoco. Como nosotros, Fred ignora quién se interesa por él. Ha hecho verdaderos esfuerzos de memoria, pero no ha conseguido nada.

—¿No crees que esos envíos han sido un error por parte de quien los ha enviado?

—En cierto modo, pero no olvides que ellos no pueden imaginar siquiera que nos atreveríamos a sustituir a Singer. Normalmente, era imposible. Ya comprenderás que el falso Singer, de no haberlo preparado bien, caería rápidamente en la trampa de la primera demostración. Porque ellos querrán percatarse de si los dedos del detenido no han perdido fineza.

—Claro.

—Por otra parte, el envío de paquetes, todos ellos costosos, ha preparado, según ellos, al preso, que ha estado hasta ahora sin recibir atención alguna. Todo el mundo sabe lo solo que se encuentra un hombre en la prisión. Y ellos cuentan haber endulzado los últimos meses de la estancia de Singer en el penal, disponiéndolo favorablemente de esta manera a considerar como amigos a los que se han ocupado de él.

—Lo entiendo.

—No obstante, es natural que nuestro hombre tropezará con dificultades, ya que no ha podido alcanzar la perfección de Singer en estos meses de entrenamiento. Pero los informes que he recibido son muy satisfactorios y estoy seguro de que Frank sabrá defenderse en su papel de Singer.

—¿No va a trabajar nadie con él?

—No.

—¿En absoluto?

—No podemos ayudarle desde fuera, Pat. Sería contraproducente. Tiene que defenderse solo.

—¿Y la policía de Marte?

—Tampoco podemos contar con ella. Ya sabes, como yo, que por triste experiencia no hemos podido casi nunca confiar en ninguna policía local. Los vicios de todas ellas son los mismos y por eso se creó la SIP. Y esto no quiere decir que no haya policías excelentes y dignos del uniforme que llevan, pero no pueden, de ningún modo, considerar las cosas desde el mismo ángulo que un hombre de la Spacial International Police.

—Es cierto.

—Por eso es necesario que Frank se defienda por sí mismo. Si todo va bien, podrá vivir entre los granujas que le esperan con toda facilidad; sólo hay un problema.

—¿Cuál?

—Frank fue siempre un agente impetuoso, fiero como un león. Ya sabes que estuvimos varias veces a punto de incluirlo en el «Servicio de Ejecuciones». Es violento y no se deja pisar por nadie. Además, éste debe ser su papel, ya que si cediese y se mostrase dócil, podría hacer sospechar a los otros.

—Lo que quiere decir que tendrá que pelear.

—Sí. Ha de enseñar los dientes desde el principio.

—Mala cosa.

—Sí, pero no hay más remedio.

—¡Ojalá tenga suerte!

—Eso espero.



CAPÍTULO PRIMERO



SPERO no volver a verte mas Fred...

Era el guardián de la puerta quien le había dirigido aquellas palabras. Y Frank el exagente de la SIP, que trabajaba de nuevo, voluntariamente para ella, estuvo a punto de sonreír.

Pero no...

Tenía que adaptarse a su nueva personalidad y para ello había de experimentar lo que el verdadero Singer hubiese sentido al salir de la prisión. Además, ¿no había pasado meses enteros junto a aquel hombre, observando sus menores movimientos, pendiente de su manera de ser, de sus ideas, de sus tics y manías hasta convencerse de que había asimilado completamente la personalidad del bandido?

Por eso, venciendo lo último que le quedaba de su verdadera manera de ser, lanzó una mirada cargada de odio al hombre que le había abierto la última puerta de las muchas que había atravesado y que le ponía en contacto directo con la ansiada libertad.

Sí, era Singer, de los pies a la cabeza. Y lo más interesante, pensaba como él, odiando a la sociedad que le había tenido encerrado y deseoso de tomarse el desquite.

Ni cartera ni maleta, quinientos créditos que le habían dado al salir, como a cualquier otro prisionero liberado. Y los documentos con aquel odioso letrero y los sellos en los que decía, repitiendo hasta la saciedad, las mismas palabras: Penal del Desierto.

¡Menuda documentación!

La carretera, hasta la parada final del helicargo que debía conducirle a la ciudad, estaba llena de sol. Y Singer (le llamaremos desde ahora así), entornó los ojos, dolido por la fuerza de la luz, tan distinta a la de los sótanos en los que había pasado el último tiempo.

Hasta sus pasos parecían ser dudosos, como los de un hombre que ha tenido, por espacio donde moverse, la estrecha dimensión de la celda o la no menos amplia del patio donde salía una vez por día, para ver el sol, allá en lo alto, que nunca bajaba de una ventana enrejada que parecía detenerle definitivamente.

Había una cantina junto a la parada del helibús y éste no estaba allí aún. Singer se dirigió hasta el local, pensando con la mentalidad del verdadero Singer, hundido hasta el tuétano en aquella nueva personalidad.

Las vitrinas mostraban muchas cosas que un detenido no debía haber visto desde hacía mucho tiempo. Y Fred las miró con los mismos ojos. Después de unos minutos de natural duda, se decidió y entró en el local, donde casi no había más que mujeres.

Mujeres de presos, hermanas de presos, seres que esperaban el momento de la visita, con sus paquetes de mil formas y tamaños, las miradas tristes y un poco del olor de la prisión que había quedado pegado a sus ropas.

¡Porque todavía olía allí a penal!

Singer venció el asco y se acercó al hombre que había detrás del mostrador.

—¿Qué va a ser? —preguntó este.

—Un «whisky».

—Bien. Acabas de salir, ¿eh?

Singer se mordió los labios.

—¿Se nota tanto? —inquirió, con voz nada agradable.

—Bastante —sonrió el otro, llenando el vaso que había colocado sobre la superficie de cinc.

Fred sintió odio hacia aquel imbécil que, sin embargo, estaba tan cerca de los muros del penal, sonriéndose de todo el que salía... o entraba. Porque allí solían detenerse los coches de la policía para que los agentes tomasen un trago antes de llevar a los presos al penal.

¡Qué asco!

A través de las ventanas, cubiertas por cristales sucios, el penal levantaba su sucia y fea fachada.

Al oír los motores del helibús, Fred se sintió ligeramente contento. Tenía prisa por alejarse de allí.

Y casi no probó el «whisky». Lanzó una moneda sobre el mostrador y

salió más que aprisa de aquel lugar.

Fue uno de los primeros en entrar en el aparato. Se acomodó en uno de los asientos del fondo, como si desease huir de la visión de los demás. No tardó mucho en llenarse el helibús y los motores se pusieron de nuevo en marcha, elevándose el aparato para empezar a alejarse enseguida.

Singer miró un momento hacia atrás.

La masa del penal se iba empequeñeciendo paulatinamente, hasta que desapareció confundida con el gris de las tierras del desierto.

Respiró.

Estaba imitando perfectamente lo que hubiera hecho cualquier hombre salido de la cárcel. Porque no estaba seguro de que no le estuvieran observando desde el mismo momento en que el guardián cerró la puerta tras él.

No sentía la menor intranquilidad, como le hubiera ocurrido al verdadero Singer, quien sólo habría experimentado una cierta torpeza ante una libertad a la que no estaba acostumbrado.

Tampoco miró a los ocupantes del helibús, aunque uno de ellos podía ser el que no le había perdido de vista desde el principio.

—¿Qué le importaba?

Lo que tenía que suceder llegaría matemáticamente, sin que él pudiese hacer nada por evitarlo.

Finalmente, inclinando la cabeza sobre el pecho, se quedó dormido, como si la libertad, fresca y reciente como una cosa demasiado bella, le hubiera vencido...

—Hemos llegado.

Abrió los ojos y miró al empleado que le sonreía con la cartera de los billetes abierta y un dedo, con un dedil de goma para pasarlos más rápidamente, sin equivocarse, uno a uno.

—Son treinta créditos.

Fred se buscó en los bolsillos y sacó un billete de cincuenta. El otro le dio el cambio mientras los últimos viajeros salían por la puerta delantera.

—Buena suerte.

—Gracias.

Por lo menos, aquel hombre sentía simpatía por los que habían pasado parte de su vida entre las paredes del penal.

La calle le golpeó en el rostro con un ruido desacostumbrado. Porque a pesar de no haber pasado más que seis meses en la prisión, se había dejado llevar por los pensamientos de los años que permaneció el verdadera Singer.

Y sentía lo que éste hubiese experimentado.

Todo parecía distinto, la gente, los coches, el palpitar de una gran ciudad,

el colorido de los vestidos de las mujeres, las tranquilas expresiones de los rostros de los hombres.

Fred pensó fumar y hasta sacó la pitillera; pero dudó, porque durante su estancia en el penal, como cualquier otro preso, había estado sometido al control de las horas.

Se decidió por fin, con una sonrisa de placer, dándose cuenta de que ahora podría fumar cuando quisiera.

Tenía sed.

Ganas de beber un trago, tranquilo, lejos de todo lo que significase proximidad de la prisión. Y ahora que estaba lejos, muy lejos del penal, podía escoger el local que más le gustase.

Aquél, por ejemplo.

Cruzó la calle y esperó la señal del guardia. Después penetró en el local, tan distinto a la sucia cantina en la que antes había estado. Allí se respiraba de una forma diferente... normal.

Tenía mucho tiempo por delante y decidió sentarse a una mesa. Una muchacha, morena, con un lindo uniforme azul, se acercó a él, con una hermosa sonrisa en los generosos labios.

—¿Qué desea?

¡Una mujer!

¿Cómo puede reaccionar un hombre que ha estado años entre rejas ante la primera mujer que se acerca a él?

Fred la detalló, sin crudeza, pero con ansia, hundiendo su mirada en aquel par de ojos azules que parecían tan intensamente llenos de vida.

La muchacha pestañeó, quizás halagada.

—Un «whisky»... bueno.

—Sí, señor.

Se alejó y él la siguió con la mirada, sintiendo la intensidad de la presencia de la mujer en todos sus detalles. Sólo habían sido seis meses, pero él sabía que los había vivido con una intensidad que les hacía iguales a diez años.

Ella volvió poco después, sin haber abandonado la sonrisa. Y le miró, sin vacilar ni pestañear, atraída por aquel hombre cuyas pupilas tenían un brillo acerado, cuyo mentón era voluntarioso y cuya anchura de hombros indicaba una constitución nada débil.

—Aquí tiene, señor.

—Gracias... preciosa.

Le había costado mucho decirle aquella galantería. Ella le sonrió aún más y se alejó en medio de un contoneo inquietante en su hermoso cuerpo.

El «whisky» era de primera calidad y Singer lo degustó con fruición.

Fue entonces cuando le vio entrar.

Alto, bien vestido, regularmente joven. Y detrás de él, junto a la acera, un coche moderno, gris azulado, potente y brillante como recién salido de la fábrica.

El recién llegado echó una mirada al local y clavó luego los ojos en Fred, que con el vaso en los labios, había hecho lo imposible por parecer distraído, lejano, como un hombre que medita qué puede hacer con la libertad recién adquirida.

Los pasos del otro le obligaron a levantar la vista hacia él. Frunció el ceño cuando le vio sonreír y sentarse sin pedir permiso, en la silla de enfrente.

La muchacha acudió presurosa.

—Lo mismo —dijo el joven, sin mirarla.

¡Debía de estar acostumbrado a ver mujeres de todas clases aquel granuja!

No obstante, esperó a que la muchacha colocase el vaso ante él; luego, cuando la camarera se alejó, dijo:

—Hola, Fred.

—Hola.

—¿Recibiste los paquetes?

—Sí.

—¿Contento?

Fred se encogió de hombros.

—No está mal.

El otro sonrió.

—Comprendo; pero ahora será distinto: tendrás de todo.

—¿Por qué? ¿Quién te manda?

—No puedo hablar ahora. Te esperaba cuando llegó el helibús.

—Yo no te conozco.

—Pero yo sí. He estado estudiando tu foto durante mucho tiempo. No has cambiado mucho.

—Un poco.

El otro se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo para dejarlo después sobre la mesa.

—Me llamo Richard Whitemore —dijo—, pero puedes llamarme Richard.

—Bien.

—¿Nos largamos?

—Como quieras.

Richard llamó a la camarera, pagando las consumiciones; luego dijo:

—Vamos.

Salieron del local y el joven abrió la puerta de detrás.

—Pasa. Yo Iré delante.

Al penetrar en el coche, Fred vio a un tipo de estatura gigante y rostro bestial, que no despegó los labios hasta que el coche, guiado por Whitemore, se puso en marcha.

Entonces habló en una lengua desconocida para Fred.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Fred.

—Que no intentes nada...

—¿Yo?

Pero no hizo falta que el otro hablase. Una pistola había aparecido en su mano y el cañón se clavó en las costillas de Singer.

—Pero...

El otro apretó el cañón con más fuerza.

Y Richard explicó:

—Zesku es un duro. No le hagas mucho caso, pero procura estar tranquilo.

—No estoy acostumbrado a que me traten así.

—Un poco de paciencia. Todo se aclarará cuando lleguemos.

Fred no se movió, pero prometió no dejarse avasallar de aquella manera. La idea de que le estaban poniendo a prueba se abrió paso en su mente. Y se dije que no iba a facilitarles demasiado la tarea.

Atravesaron la ciudad y Richard demostró plenamente saber conducir un coche como aquél, haciéndole ir a una velocidad bastante imprudente. Pero tenía, por lo visto, una seguridad completa en el volante.

Penetraron después en un barrio elegante, tipo residencial, deteniéndose, por último, ante una casa de dos pisos, sumamente elegante, a la que llegaron tras haber tomado un paso bien cuidado a través del amplio parque que la rodeaba.

Fred había dejado hacía tiempo de hacerse preguntas, diciéndose que ya tendría tiempo de ir viendo lo que se produjese. Por el momento, la pretensión de Callowan se estaba cumpliendo plenamente.

Y eso era lo importante.

El coche se detuvo con un frenazo suave. Richard saltó a tierra y fue a abrir la puerta.

Sin dejar la pistola, que seguía empuñando, el duro salió tras él, guardando entonces el arma. Ahora Singer pudo considerar las dimensiones imponentes de aquel coloso y su rostro que era la parte que proporcionaba menos tranquilidad de todo él.

—Vamos.

Whitemore les precedió, subiendo una escalera en mármol verde que les

condujo a la entrada. El joven abrió la puerta y penetró en un *living* de dimensiones colosales, lujosamente amueblado, como si el dueño de la casa quisiera impresionar desde un principio al que llegase.

—Un momento...

Richard salió, volviendo poco después.

Dijo:

—Ya puedes pasar, Fred.

Escoltado por aquel bruto, Singer siguió al joven, atravesó un saloncito tan coquetón como inmenso el *living*, y penetró en un despacho colosal, que bien hubiera podido convenir a un capitán de negocios, uno de esos hombres de los que dependen miles de empleados.

Sillones comodísimos, mueble bar, biblioteca con libros que conservaban aún su cubierta de papel de celofán.

Y una mesa de despacho como una pista de tenis.

Limpia, con escribanía plateada, algunos papeles bien ordenados en un ángulo.

Y un hombre detrás.

Más de cien kilos de peso, deforme, sin que de nada le sirviese la elegante ropa que llevaba puesta ni los ímprobos esfuerzos que, seguramente, había hecho su sastre para disimular, vanamente, la personalidad repugnante de aquel hombre.

—Éste es Singer —anunció Whitemore.

El hombre lo miró largamente.

Fred se dio cuenta de que no podía acercarse al despacho, ya que su vientre prominente se lo impedía por completo.

—¿Así que eres Fred Singer?

—Sí.

—Yo me llamo Emil Wood...

—Bien.

El hombre torció el gesto.

—No me gusta nada tu manera de hablar. Ni tampoco ese aire de importancia que te estás dando...

Fred sonrió.

—¿Sabes una cosa, masa de grasa? Menos me gusta a mí tu aspecto. Además, quiero largarme de aquí...

No pudo decir más.

Sin embargo, hubiera podido darse cuenta del guiño que Wood hizo y que el matón debía haber captado. Lo cierto es que Zesku le propinó un puñetazo en la nuca que le hizo caer de espaldas, como si sus piernas se hubieran vuelto

de cera, incapaces de sostenerle.

Un dolor de cabeza fulgurante; luego, mucho más tarde, la recuperación que volvió poco a poco, permitiendo que se incorporase para terminar dejándose caer en el sillón que tenía más cerca.

¡Los muy puercos!

Y el pulpo humano que sonreía...

—Esto es para que aprendas a obedecer. No me gustan los tipos que protestan.

Luego, volviéndose a Richard, ordenó:

—Di a William que traiga la caja.

—Sí.

Pasaron unos minutos, mientras Fred iba siendo el de siempre. El dolor de cabeza se había aminorado bastante y pudo dejar de frotarse el occipucio, donde el chichón campaba ya por sus respetos.

Miró al gigante, con odio, diciéndose que llegaría el día que le devolvería aquel golpe.

Con los naturales intereses.

Poco después se oyó algo que empujaban. El chirrido de unas ruedas llegó hasta él. Y cuando la puerta del despacho de abrió, vio que Whitemore y otro tipo, un hombre viejo, pero alto y fuerte, empujaban, sobre una plataforma con ruedas, una caja fuerte de un tipo moderno.

No cabía la menor duda de que aquellos tipos no estaban dispuestos a perder el tiempo y que deseaban probarle.

O comprobar si era, en realidad, Singer.

Porque, a pesar de todas las precauciones que se habían tomado en la prisión, durante aquel medio año de estancia del exagente de la SIP, podría haber ocurrido algo que despertase las sospechas de aquella gente.

Tenía que estar, día y noche, en guardia, vigilante, pendiente de los gestos de los otros para poder interpretarlos antes de que fuese demasiado tarde.

Colocaron la caja a la derecha del despacho, de modo a que el gordo pudiera verla con toda comodidad, sin molestarse en lo más mínimo.

—Dile que empiece, William —ordenó el «boss».

CAPÍTULO II



L hombre que había llegado con la caja se acercó a Fred. Había en sus ojos como una llamita expectiva. Y sonrió antes de decir:

—Abre esa caja, amigo.

Fred miró al gordo.

—¿Y si me niego?

—No digas tonterías. Te conviene obedecer. Abre esa caja. Queremos ver si la estancia en el Penal del Desierto no ha enmohecido tus dedos.

Singer creyó que una oposición mayor no sería beneficiosa en aquel momento que, por otra parte, había esperado desde hacía mucho tiempo.

No estaba nervioso, pero mientras se incorporaba se preguntó si todo lo que el verdadero Singer le había enseñado iba a ser, finalmente, de alguna utilidad.

Miró la caja.

Era una «Huster», de un modelo reciente, pero cuyo sistema de cerradura no podía alejarse mucho de los tipos que él había estudiado con detenimiento.

Se arrodilló ante ella, pasándose por los labios, para humedecerlos suavemente, las yemas de los dedos, una tras otra.

Luego empezó a trabajar.

Todas las enseñanzas le inundaron, intensamente.

Y se olvidó de los hombres que le rodeaban, de sus rostros adustos, de los ojos brillantes de William Culpepper, que le miraba sin casi atreverse a respirar, con un brillo de admiración en las pupilas.

Con el rostro pegado a la caja, Fred fue captando con facilidad los saltos íntimos del delicado mecanismo, grabando en su mente las cifras que iban despertándose al ritmo de sus dedos.

No tardó más de medio minuto en tener la combinación, que marcó seguidamente, tirando de la puerta para comprobar que no había nada en el interior.

—¡Formidable! —exclamó William, sin poder contenerse.

Fred se puso en pie.

El gordo le miraba, seguramente complacido, pero con sus ojos brillantes

por otro motivo que el hombre de la SIP no podía adivinar por el momento.

—Veo que no has perdido facultades —comentó por fin.

—¡Para lo que van a servirte!

—¿Qué quieres decir?

Fred dijo:

—Que no cuentes conmigo. He hecho esta demostración, más para convencerme a mí mismo que por otra cosa.

—¿De veras?

—Sí. No cuentes conmigo. He salido de prisión y deseo hacer lo que me venga en gana.

—¿Y si te ofrezco un millón?

—¿Un qué...?

—Un millón. Ya te lo he dicho.

—Y ¿por qué ibas a darme ese dinero?

—Por abrir otra caja.

Fred preguntó:

—¿Dónde?

—No lo sé aún. Tendremos que esperar un poco. Pero no te faltará de nada mientras llega el momento de abrir la caja.

—No me conviene.

—No digas bobadas. Tengo medios para obligarte.

—¿Cuáles?

—No quería citarlos aquí... pero no olvides que no estás solo en el mundo. Y que no dudaríamos un momento en hacer que te arrepintieses de no obedecernos.

Fred no dijo nada, pero no pudo evitar un estremecimiento.

—Veo que empiezas a pensar como una persona que tiene algo en la cabeza. ¡William!

—Di.

—Vamos a llevarlo junto al otro. ¿Crees que podrás darle los toques necesarios?

—No será muy difícil. Es un poquito más bajo, pero podremos ponerle zapatos con dobles suelas.

—Vamos.

El gordo se levantó, con una ligereza que desmentía la idea que pudiera hacerse de su imponente masa.

Salieron todos del despacho y fueron hacia una escalera que descendía hacia el sótano que, en contra de lo que Fred esperaba, estaba también

amueblado, aunque con menos lujo que la parte superior de la casa.

Un pasillo les condujo a una especie de saloncito.

Y cuando Fred entró, enseguida vio el cuerpo de un hombre de su edad que yacía en el suelo.

Con un cuchillo clavado en el pecho.

La sangre había manchado la bella camisa blanca y la corbata, extendiéndose un poco por el suelo.

—¿Impresionado? —preguntó el gordo sonriendo.

—No.

Y tras una pausa, sin dejar de mirar al hombre, inquirió:

—¿Quién es?

—Eso no importa. Porque no lo has visto en tu vida. Puedo decirte, no obstante, que se llama Peter Tenn... y que ése será tu nombre desde ahora.

—¿Has dicho Peter Tenn?

Wood le miró intensamente.

—¿Lo conoces? —inquirió.

—He oído hablar de él.

Intervino Culpepper:

—Es natural, jefe. Tenn era muy conocido entre los que hacían el trabajo de Singer.

¡Y claro que lo recordaba!

Su memoria no podía fallar y el nombre de aquel tipo lo había visto entre las fichas del archivo de la SIP.

«Peter Tenn, 42 años, aficionado a los cofres fuertes. Uno de la competencia del que incluso le había hablado el verdadero Singer, aunque no podía compararse con éste, siendo no obstante muy bueno también en el arte de «acariciar» las cajas fuertes ajenas».

Pero ¿qué hacía allí Tenn y por qué lo habían matado?

—¿Lo conoces? —insistió el gordo.

—Sí, pero no le había hablado nunca en la vida. Sólo le conocía de nombre.

—Bien. Ya te he dicho que ese nombre va a ser, desde ahora, el tuyo.

—¿Por qué?

—Ya lo verás cuando sea necesario. Saldrás por la ciudad y te pasearás como si fueses Peter.

—¡Pero yo no me parezco a este tipo!

—No te preocupes. William hará lo necesario para que te parezcas. Además no hay mucha diferencia entre vosotros dos, mirándolo bien... ¿No es

verdad, William?

—Sí, jefe. Peter llevaba gafas negras, lo que arreglará lo del color de los ojos.

—¡Al trabajo entonces!

Abandonaron aquella estancia y pasaron a una vecina que tenía un gran parecido con una sala de peluquería: sillón giratorio, espejos, estanterías llenas de frascos y botes.

—Siéntate.

Fred se dio cuenta de que el gordo había desaparecido y que sólo el matón y Richard habían quedado justo a William. Éste, una vez que Fred se sentó en el sillón, empezó a ocuparse de él, tiñéndole —¡una vez más, ya que el hombre de la SIP se las había teñido para parecerse más a Singer!— los cabellos, que le oscureció un poco.

¡Ni que fuese el hombre de las mil caras!

Veinte minutos más tarde, cuando el otro le permitió mirarse al espejo, Fred se dio cuenta de que aquel tipo era un verdadero maestro. Singer había dejado de serlo, apareciendo ahora con el aspecto de un hombre mucho mejor conservado.

Unas gafas negras aumentaron el parecido con el hombre cuyo cadáver estaba en los sótanos.

—¿Es que no podía comer un poco? —quiso saber Fred.

—Desde luego —repuso William—. Después iremos a ver al jefe. Vosotros, llevadlo al comedor. Yo voy a hablar con Wood. Que le den lo que pida.

Momentos más tarde, Fred se despachaba a su gusto, ante una selección de platos verdaderamente imponente.

Zesku, el gigante, terminó por irse, quedando sólo Richard a su lado.

Desde el primer momento, Fred se había dado cuenta de que aquel muchacho no las tenía todas consigo y que estaba verdaderamente impresionado por la presencia de los otros.

Fred encendió un cigarrillo.

Luego, mirando entre el humo al otro, preguntó:

—¿Quién es Wood?

—El «boss».

—¿De qué se ocupa?

Richard Whitemore encogió los hombros.

—No lo sé —repuso tras una pausa.

—¿De veras que no sabes nada? ¿Tan poco les interesas?

El otro se amoscó.

—No es eso —dijo—. Sé que estamos esperando a alguien que debía venir a ver a Peter.

—¿El muerto?

—Sí. Él llegó a Marte, con su esposa, hace sólo un par de semanas.

—¿Y su mujer?

—La tenemos aquí.

—¿Eh? ¿Está aquí?

—Eso es.

—¿Sabe que su marido ha muerto?

—Creo que no. Zesku lo mató esta mañana, un poco antes de que fuésemos a buscarte.

—¿Así que fue esa bestia quien lo mató?

—Sí; pero ¿por qué hablas así?

Era el momento de tirarse a fondo.

—¿No te das cuenta, Richard? Ese tipo es capaz de matar a su madre... lo que quiere decir que igual te clavaría un cuchillo en la garganta si fuera necesario. ¿No lo comprendes?

Richard tragó saliva con dificultad aparente.

—No debes hablar así, yo soy de la banda.

—Yo también. Pero ya has visto cómo me han tratado.

Whitemore sonrió.

—Yo también recibí lo mío... no hace mucho.

—¿Te pegaron?

—La verdad es que lo merecía...

—¡Imbécil! ¿Tan poco hombre te crees?

Se había dado cuenta de que podía contar, en cierto modo, con aquel muchacho que, desde luego, si estaba en la banda era por el miedo que le imponían los procedimientos de Zesku.

Era muy importante para el hombre de la SIP tener, por lo menos, un amigo, o aunque sólo fuese un asomo de amigo. Porque intuía problemas que serían más graves a medida que fuese pasando el tiempo.

El gorila apareció entonces.

—El jefe te llama, muchacho —dijo, en un inglés infame.

—Vamos —suplicó Richard Whitemore, temeroso de la rebelde actitud de Fred—. Luego seguiremos hablando.

Salieron, dirigiéndose al despacho donde el gordo estaba, como siempre, caído indolentemente en su enorme sillón, que debieron construir especialmente para él.

Wood le miró.

—No está mal —dijo, tras examinar el trabajo que William había hecho en el rostro y el pelo de Fred—. Ponte las gafas.

Singer obedeció.

—Te pareces bastante a Peter —y volviéndose hacia Richard pidió—. Di a Daisy que venga.

—Bien.

No tardó en aparecer la muchacha y Fred no pudo evitar una sensación de sorpresa que estaba íntimamente emparentada con la emoción.

—¡Qué mujer!

Alta, esbelta, con una cabellera rojiza que le caía sobre los hombros. Ojos verdes, fosforescentes casi como los de un felino, labios perfectamente dibujados, nariz respingona. Y una carrocería capaz de cortar el aliento a una estatua...

Entró, orgullosa como una diosa. Y Fred notó el brillo perverso que aparecía en los ojos del cerdo que estaba sentado tras la mesa.

—¿Qué te parece, muñeca? —inquirió, haciendo un gesto hacia Singer.

Ella se volvió, clavando aquellos ojos verdes en el rostro de Fred, que las gafas de sol ocultaban bastante.

—No está mal... pero le falta altura.

Hablaba con una frialdad que puso un escalofrío en la espalda de Fred.

Hubo un corto silencio.

Después la muchacha preguntó:

—¿Y Peter?

Fred se dijo que había llegado el momento de asistir a una crisis de nervios. Pero se quedó como una piedra cuando el gordo dijo sin vacilar:

—Ya está muerto. Zesku lo ha liquidado.

¡Y ella ni pestañeó!

—No olvidarás mi parte, ¿verdad? —inquirió, con la misma expresión impersonal que había ofrecido desde su entrada en la habitación.

—No he olvidado nada, encanto. ¿Esta noche saldrás con él, eh?

Y un nuevo gesto hacia Fred.

—Sí. ¿Puedo irme ahora? Tengo que bañarme.

—Puedes irte.

Salió ella y Fred la siguió con la mirada, no dando crédito aún a lo que acababa de oír.

¿En qué lugar se había metido?

Porque aquella gente era lo peor que había visto en su vida. Nunca, ni

cuando trabajaba como agente efectivo para la SIP, antes de su matrimonio, se había tropezado con personas —¿personas?— así, con gente como aquella mujer que había oído la muerte de su marido con la misma frialdad que si le hubieran anunciado que uno de su vestidos había pasado de moda.

Quizá con menos...

Y cuando la muchacha salió, el gordo dijo:

—Ya has oído, Fred... aunque es bueno que te vayas acostumbrando a que te llamemos Peter, al menos por el momento. Esta noche saldrás con tu encantadora esposa... pero no olvides que esa chica me interesa. Nada de confianzas, ¿en? Es tu mujer mientras estés fuera de aquí y la acompañarás donde ella diga. Pero nada más, ¿entendido?

—O. K.

—Así me gusta. Ya veo que vas modificando tus maneras. Cosa natural que fueras un poco brusco, ya que la «trena» vulgariza demasiado a los hombres. Pero tienes madera y eso es lo importante.

—¿Y qué debo hacer con esa... mujer?

Había estado a punto de decir «víbora», pero se contuvo a tiempo.

—Pasearte con ella, bailar con ella... y esperar a que alguien se dirija a ti.

—¿Y si esto ocurre?

—No te preocupes tanto. Tendrás siempre a alguien a tu lado. Cuando eso ocurra, ya te daremos instrucciones.

El gordo se levantó pesadamente y se acercó a él, diciendo:

—Nosotros somos el cerebro, muchacho. Tú no tienes más que obedecer.

—No me gusta verme mezclado en asesinatos. Hasta ahora, he trabajado solo y tranquilo... sin tener que huir por dejar un cuerpo de un hombre detrás de mí.

—Sin embargo, pegaste fuerte a aquel policía. Por eso has pasado una temporada a la sombra.

—Bien sabes que no lo hice adrede y que nunca creí que iba a perder el brazo.

El gordo le miró a los ojos.

—Tú harás lo que yo diga, ¿entendido?

¡No pudo más!

Descargó su puño derecho contra aquel vientre repleto de grasa. Tenía tantas ganas de hacerlo que no pudo contenerse.

Wood puso los ojos en blanco, intentando respirar, vanamente, antes de caer sobre sus enormes posaderas, con un ruido extraño, como si hubieran dejado caer al suelo un saco de gelatina...

CAPÍTULO III



UE como si un fogonazo de magnesio le rodease. Al mismo tiempo, algo estalló en su cabeza, haciéndole balancearse como si acabase de beberse, sin respirar, una botella de «whisky» escocés.

Pero no cayó.

Tuvo tiempo de retroceder hasta apoyar sus amplios hombros en la pared, haciendo cara a Zesku, que tenía una porra corta en la mano derecha.

—¡Déjale! —gritó Wood, que se había puesto trabajosamente en pie, con ayuda de Richard, que miraba, aterrorizado, a Fred.

El hombre de la SIP se recuperó enseguida.

Y el gordo, con los ojos inyectados en sangre, pero sin acercarse demasiado, preguntó mirando a Singer con odio:

—¿Te has vuelto loco, imbécil?

Singer sonrió.

—No te permitiré que vuelvas a hablarme como a estos tipos —dijo—. Si ellos te resisten y te tienen miedo, que se arreglen. Pero yo no lo consentiré.

—¿Le zurro más? —inquirió Zesku.

—No. Déjale tranquilo.

—¡Naturalmente! —exclamó Singer, seguro de sí mismo—. ¿No os dais cuenta de que soy sagrado, idiotas? Me necesitáis y mientras os sea útil tendréis que soportarme como yo quiera.

Wood asintió.

—Es cierto; pero no olvides que un día habrás acabado tu labor y que entonces no te trataremos como ahora:

—Hay tiempo de pensar en eso —sonrió Fred—. Pero hay algo más.

—¿El qué?

—Quiero saber lo que te traes entre manos.

Wood se mordió los labios.

Estaba visto que no le gustaba nada la actitud de aquel hombre y que, sobre todo, le desagradaba que se rebelase delante de los otros.

Por eso, dispuesto a evitar el triste espectáculo que estaba dando a sus hombres, ordenó:

—Dejadme solo con él.

Tanto Richard como Zesku dudaron unos segundos. Sobre todo el último, que hubiese deseado que le diesen el permiso de hacer pedazos a aquel entrometido que se había atrevido a golpear al jefe.

Pero la mirada del gordo no les dejó pensar a su modo y los dos abandonaron el despacho, cerrando la puerta detrás de ellos.

Wood encendió un habano, quizá para encontrar un poco de tranquilidad a sus nervios.

Después, mirando a Fred a través del humo azulado, anunció:

—No puedo decirte más de lo que yo sé.

—Algo es algo.

—Peter Tenn y la chica vinieron aquí para esperar que llegase alguien con una caja fuerte que deseaban abrir y que no lograron hacerlo en la Tierra.

—¿Por qué no lo consiguieron?

—Porque no pudieron abrirla, ya te lo dije.

—¿Y pensaban poder hacerlo aquí?

—Sí.

—¿Cómo?

—Con tu ayuda. Fueron ellos los que te enviaron los paquetes a la prisión y los que movilizaron a un abogado para enterarse del estado de tu condena.

—¿Y cómo lo supiste tú?

Wood sonrió.

—El abogado es muy amigo mío y prefirió que yo le pagase a que lo hicieran ellos. Yo soy más generoso.

—Comprendo.

—Cuando me enteré de lo que pasaba, y al principio no supe más que unos tipos se interesaban por ti, intervine. Cazamos a la pareja y la trajimos aquí.

—Supongo que hicisteis hablar a Peter.

—Sí. Zesku se encargó de ello, aunque no tuvo que «apretar» mucho. Peter era un blando.

¿Así que eran los otros los que habían enviado los paquetes y el dinero a Singer?

¡Era para volverse loco!

Miró a Wood; después preguntó:

—¿Y qué contiene esa caja fuerte?

—Lo ignoro, pero debe de ser muy importante.

—Lo suficiente, según veo, para acabar con un hombre limpiamente y cazar a otro para que le sustituya y abra la caja cuando llegue, ¿no es así?

—Ya lo sabes todo.

—Aún falta algo.

—¿El qué? Yo no sé nada más.

—¿Quién debe venir a avisar al falso Peter?

—No lo sabemos... ni Peter lo sabía. Sólo nos dijo que un hombre de la banda.

—¿De qué banda?

—Tampoco lo dijo. Habló de un tal Leveral, pero no nos sacó de dudas.

—¿Y dónde debían encontrarse Peter y el que venga?

—En un bar de la ciudad.

—¿Cuál?

—El «Sister Holder». ¿Lo conoces?

—Un poco.

—Tú saldrás cada noche con Daisy y pasarás unas horas en ese cabaret. Hasta que aparezca el tipo que nos llevará junto a la caja.

—Entiendo.

—¿Satisfecho entonces?

—Por el momento, sí. ¿Cuándo debo ir con la muchacha?

—Esta noche.

—Entonces tengo tiempo de salir.

—¿Eh?

—Lo que oyes. ¿O crees que vas a tenerme prisionero aquí?

Wood tuvo que ceder.

—Bien, puedes salir. ¿Te parece bien que Richard te acompañe?

—Perfectamente. ¿Hay algún coche para mí?

—Hay cuatro en el garaje. Di a Whitemore que tome el verde.

—Está bien.

—Voy a darte dinero. Quiero que te compres otra dase de ropa. Iba a enviar a Richard a por ella, pero, ya que tú quieres salir, será mejor que te la compres tú mismo.

Hablaba con cierta dulzura, como lo hubiera hecho a un amigo; pero Fred no se dejaba engañar por todo aquello. Sabía que el sapo aquel estaba mordiéndose la lengua y que cuando ya no le fuese útil, enseñaría los dientes y los clavaría en su cuello con el mayor placer.

Wood sacó dinero y entregó un pequeño fajo de billetes a Fred.

Preguntó:

—¿Tienes bastante?

—Creo que sí.

Momentos después salía, en compañía de Richard. Se sentó a su lado cuando el otro se puso al volante del coche.

Abandonaron la casa y tomaron el camino de la ciudad.

Fred encendió un cigarrillo y empezó a arrojar con fruición el humo por las narices.

Estaba contento.

Había conseguido imponerse a la banda, en cierto modo, aunque debía andarse con cuidado, ya que Wood era de los que guardaban su rencor en lo hondo de su corrompido corazón, hasta poder expresarlo de una manera inesperada.

También sabía algo de lo que aquella gente se tramaba. Pero hubiera dado cualquier cosa por conocer lo que contenía la misteriosa caja fuerte que tendría que abrir.

¿Dinero?

Era lo más probable. O, también, joyas o algo igualmente valioso.

—Eres un hombre muy raro —dijo su acompañante en aquel momento.

Fred le miró sonriente.

—¿Raro?

—Sí. Nunca supuse que ibas a ser capaz de enfrentarte al jefe.

—Y ¿por qué no? Yo siempre trabajé solo, ¿sabes? No he tenido nunca a nadie que me mandase y me sienta mal que me traten como a un criado, sobre todo si sé que me necesitan y no pueden pasarse sin mí.

—De todos modos, convendrás conmigo en que tu juego es muy peligroso.

—¿Por qué?

—No conoces al «boss»: nunca te perdonará que le hayas levantado la mano.

—Lo sé.

—¿Y sigues tranquilo?

—Ya lo ves. No va a quitarme el sueño lo que ese cerdo está pensando.

—Haces mal. Yo no estaría tan tranquilo.

Fred le miró fijamente.

—Porque tú eres un cobarde —dijo, pronunciando las palabras con una lentitud cargada de dureza.

Whitemore palideció.

Luego, tras haberse mordido los labios, admitió:

—Es cierto. O quizá lo que ocurre es que no estoy loco. Tengo un buen trabajo, me pagan bien y estoy tranquilo. ¿Por qué meterme en jaleos?

—Cada uno es como es.

—Es cierto.

Se hizo de nuevo el silencio.

El hombre de la SIP se dejó llevar por los recuerdos, ya que aquella misión llevaba a su mente otras muchas en las que había intervenido. Luego pensó en el momento en que, al comprometerse con Pat, había estado obligado a presentar su dimisión al Servicio.

¡Pat!

En el fondo hubo de percatarse de que estaba muy bien aquella ley que prohibía el matrimonio a los agentes de la SIP. Ahora mismo, sin poder evitarlo, estaba pensando en los suyos. Y aunque sabía que estaban a salvo, puesto que cambiaron de domicilio, llevando el nombre de Fred Singer, no podía dejar de preocuparse por ellos.

¿Qué estarían haciendo?

Porque su esposa estaba allí, en aquella ciudad, pensando en él, con toda seguridad, temiendo que le ocurriese algo, sintiendo quizás el haber cedido cuando él le habló de que Callowan lo necesitaba.

Habían vivido tranquilos, sin temores de ninguna clase, consagrándose en el cuidado del pequeño Paul, viéndole crecer en un hogar normal, sin más emociones que las que puede haber en un ambiente de familia corriente.

Ahora...

¿Había hecho bien arrastrándolos a aquella aventura?

Sonrió.

Era imposible que Wood y los de su banda supiesen dónde se encontraba su familia. Callowan lo había camuflado todo con la perfección con que hacía las cosas y tanto Pat como Paul estaban a mil leguas de la vorágine en que él andaba.

¿Y si llamaba, por teléfono?

La idea le encantó. En el momento de formularla mentalmente se apoderó de él una ansiedad que no pudo dominar en el resto del camino. Sí, podía hacerlo, con cuidado, ya que Richard era fácil de engañar y hasta podría imponerse a él si fuera necesario.

Nadie les seguía y eso aumentó su sensación de seguridad.

Pero quería, no obstante, obrar con cautela.

Así hizo que Whitemore le llevase a una sastrería elegante donde se compró unos trajes de confección, pero retocados allí mismo, luego fueron a una zapatería, a una tienda de ropa interior y algunos sitios más.

Tres horas más tarde su guardarropas estaba lo suficientemente provisto para poder ir tirando.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó dócilmente Richard.

—A beber un trago.

—¿Adónde?

—Es igual. Para allí mismo, frente al «Roxi».

—Bien.

Penetraron en el local y fueron a sentarse a una mesa un tanto separada de la parte central.

El camarero se acercó obsequioso.

—Un «whisky» —pidió Fred.

—Lo mismo —agregó Richard.

Bebieron, en silencio, tranquilamente. Desde el lugar que ocupaban, podían contemplar, a través de los grandes ventanales, el paso del gentío que desfilaba por la acera de la amplia avenida.

Era un espectáculo agradable, sobre todo para el hombre de la SIP, después de los meses de confinamiento voluntario en el penal del desierto.

—Voy a dar una llamada por teléfono —dijo de repente poniéndose en pie.

Richard frunció el ceño.

—¿Crees que va a gustarle al jefe?

—¿Es que piensas decírselo?

Había un tono de clara amenaza en las palabras de Fred y el otro se estremeció, haciendo un esfuerzo para lograr algo que quería ser una sonrisa.

—No, es cierto. No es necesario.

Con desprecio hacia él, Fred se encogió de hombros y se dirigió luego hacia las cabinas telefónicas que había en el fondo de la sala.

Cuando descolgó el combinado, notó, sin sorpresa, que le temblaban las manos. Pero encontró normal aquel nerviosismo suyo, ya que hacía mucho tiempo, una eternidad, que no había oído la voz de Pat.

«Sólo le diré dos palabras...», pensó.

Marcó el número y se llevó después el auricular al oído. Oyó el tono de llamada en el otro extremo del hilo.

Finalmente, una voz conocida se dejó oír:

—¡Diga!

Y él, con un susurro, empezó:

—Soy yo, Pat, Frank...

Hubo un corto silencio al otro lado.

Después exclamaron:

—¡Hola, querido! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y vosotros?

—Muy bien. No debías haberte arriesgado.

—No temas. Pero ya no podía más.

—Lo comprendo.

—¿Qué hace el niño?

—En el colegio.

—¿Contento?

—Mucho.

—¿Y los vecinos?

—Normales. Tenemos muy poca relación con ellos. Todo va como tú lo deseabas.

—¡Eres maravillosa!

—¡No digas tonterías!

—Es la verdad. Espero, Pat querida, que todo esto termine muy pronto y que volvamos a estar tranquilos.

—Yo ya lo estoy, querido. Sé que cumplirás con tu deber y sé que «ellos» estarán orgullosos de ti, como en los buenos tiempos.

—Voy a cortar, Pat.

—Bien.

—Da un beso muy fuerte a Paul.

—Así lo haré.

—¿Me sigues queriendo?

—¡Naturalmente!

—Adiós, cariño.

—Adiós.

Dejó que ella cortase y se quedó con el combinado en la mano, con ganas de besar la ebonita, agradecido de haber sabido que los suyos seguían bien y que Pat le seguía queriendo.

Sonrió.

Pero su sonrisa le abandonó como por ensalmo al salir a la sala y ver que el sitio de Richard estaba vacío.

«¿Dónde habrá ido ese idiota? —se dijo—. Es muy capaz de haberme dejado aquí para tener el suficiente valor de ir a decir a Wood que he llamado por teléfono».

Cerró los puños y se prometió castigar a Whitemore si había hecho lo que pensaba.

Pero al dirigirse hacia la puerta, vio el coche y a Richard sentado al volante, con un periódico extendido ante él.

Se habría cansado de esperar.

Sonrió de nuevo y fue hacia la puerta. En aquel preciso instante, dos hombres se acercaron a él, uno por cada lado, encuadrándole con gesto severo mientras un tercero, sonriente, se encaminaba hacia él.

—¡Hola, Singer! —saludó el recién llegado.

Era alto, iba seriamente vestido y su sombrero de fieltro dejaba ver, parcialmente, unas patillas canosas. El bigote recto era también casi completamente blanco.

—¿Qué desea? —inquirió Fred.

—Soy Alan Colster, comisario de la criminal.

—No me importa. Yo ya he pagado completamente.

—Es cierto. Pero tenemos que vigilarte durante un poco de tiempo, hasta que estemos convencidos de que obrarás con bondad.

—¡Muy chistoso!

La mirada del otro se ensombreció.

—Estoy hablando en serio, Fred. Ten mucho cuidado. Has tenido mucha suerte al ser liberado antes de tiempo.

—Creo que me lo gané.

—Es muy posible, pero no te metas en jaleos. Esta vez no habría reducción de pena...

—Llevo una vida normal.

—Así lo deseo... ¿Con quién has hablado por teléfono?

Fred se irritó.

—¿Es que un ciudadano tiene el deber de contestar a esa pregunta?

—Un ciudadano corriente, no; pero tú sí.

—He hablado con un amigo.

—¿Seguro?

Había algo en el tono de voz del comisarlo que hizo temblar a Fred; pero, dominándose, dijo:

—Ya le he contestado. ¿Puedo irme?

Alan se hizo a un lado.

—¡Desde luego! Pero no olvides mis consejos...

—¡No tema!

Salió irritado, de mal humor, y fue hacia el coche donde Richard le esperaba.

—¿Te cansaste de estar en la mesa? —preguntó con vos dura.

—Sí.

—¡Volvamos cuanto antes! ¡La ciudad me fastidia!

—Debe de ser la falta de costumbre —repuso el otro.

Y puso el coche en marcha.

CAPÍTULO IV



ESPUÉS de cenar, en la amplia mesa en la que comía toda la banda, a excepción de Wood, Fred se fue a su habitación para vestirse, ya que debía prepararse para su primera salida con su «esposa».

Estaba terminando de arreglarse cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Wood.

—Pasa.

El gordo penetró, echando una detallada mirada al joven; luego sonrió, complacido visiblemente.

—Muy bien. Veo que tienes gusto para elegir tu ropa. Pero William tendrá que retocarte un poco más antes de salir.

—Bien. Ya estoy impuesto en mi papel de payaso.

—No digas eso. Cuando todo esto haya terminado, estarás tranquilo y con un buen montón de dinero en el bolsillo.

Fred no respondió.

Terminó de sujetarse el lazo, se miró al espejo una última vez y volviéndose al otro, preguntó:

—¿Y la chica?

—Debe de estar acabándose de preparar. ¿Vamos?

—Bueno.

Salió al *living* y los de la banda le miraron. Sobre todo Zesku, en cuyas pupilas brillaba siempre el odio contenido a la fuerza.

Unos pasos en la escalera hicieron que todos volvieran el rostro hacia aquel lugar, viendo a la joven que descendía, como una reina, los escalones marchando sobre la alfombra que los cubría.

Sin duda alguna, era muy bonita.

Y sabía vestirse.

La falda azulada y brillante, que le llegaba hasta los pies, asomaba bajo el visón del abrigo que llevaba abierto por delante, dejando ver el cuello y parte de sus hombros, que moldeaba un atrevido escote.

Ella le miró intensamente, pero sin que nada expresase su rostro, que parecía de piedra. Y una vez que estuvo junto a Wood, éste le sonrió, babeando materialmente.

—¡Estás preciosa!

—¿Sí? —inquirió ella con una mueca burlona.

—¡Divina!

Ella cortó aquella lluvia de lisonjas:

—¿Podemos irnos ya?

—Sí, desde luego —balbució el gordo, que no podía quitar los ojos de la muchacha.

Ella avanzó y se asió atrevidamente del brazo de Fred.

—Cuando quiera... —musitó, con voz melosa.

—¡Un momento! —gritó Wood—. ¡Tienes que tutearlo! No olvides que es tu marido...

—Perdona.

Momentos después subían al elegante coche que habían preparado para ellos y de cuyo volante se apoderó Fred.

—No sé la dirección.

—Yo te guiaré.

Singer puso el vehículo en marcha, respirando con fuerza el perfume que desprendía su compañera y que, a pesar de todo, empezaba a turbarle. Pero una mirada hacia el retrovisor le hizo concentrar su atención en el reflejo de unos faros que brillaban en él.

Ella se dio cuenta de la dirección que había seguido su mirada y sonrió.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—Nos vienen siguiendo.

—¿No lo esperabas?

—¿Qué quieres decir?

—Que no nos dejarán solos ni un momento. Ya sabes que alguien debe presentarse ante ti y ellos quieren saber quién es y asistir, si es posible a la entrevista que tendrás con el que aparezca.

—Comprendo. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—¡Bueno!

—Quisiera saber si conoces algo que tu... esposo no dijo.

—Nada.

—¿No te duele que lo hayan matado?

Ella guardó silencio.

Luego, tras una larguísima pausa, dijo:

—Ya sé que me consideras como un monstruo, como una víbora; pero, después de lo que ha ocurrido, nada me importa de lo que de mi piensen los demás.

—¿Tú crees?

—Sí.

—¿Y si te dijese que deseaba muchísimo hablar contigo francamente?

—¿Para qué?

Fred tenía que jugar su papel de granuja.

—Ya sabes que Wood me hace trabajar con él no sólo por este remoto parecido que tengo con tu difunto esposo, sino, y eso es lo más importante, por mi habilidad para abrir cajas fuertes.

—Lo sé. Yo iba a comprar los paquetes que te enviábamos a la cárcel.

—¡Ah! ¿eras tú?

—Sí. Peter y yo estábamos seguros de que podríamos ir a recibirte a la salida del penal y que nos ayudarías... por lo que te pagaríamos bien. Pero Wood se adelantó.

—Ya lo sé. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Sí.

—¿Quién está detrás de todo esto?

—No lo sé.

—¡Es imposible! Vosotros dos, Peter y tú, llegasteis especialmente de la Tierra. Alguien debió de ordenarlo y ése debe de ser el jefe de todo, el que enviará la caja fuerte. ¿Ves cómo tienes que saberlo?

—Te equivocas. Peter y yo trabajábamos, ya me entiendes, en América y Europa. Nuestra especialidad era el chantaje... Yo me dejaba enamorar por hombres importantes y Peter aparecía cuando era preciso, exigiendo fuertes sumas por su silencio. Y los otros pagaban para evitar el escándalo.

—Comprendo.

—Un día, un tipo vino a vernos y nos expuso lo que sabemos del plan, ofreciéndonos una fuerte suma y todos los gastos pagados por venir a buscarte y hacerte esperar a que la caja llegase. La oferta era tentadora y aceptamos. Eso es todo.

—¿Y el hombre que fue a veros?

—Un Don Nadie, un enviado del jefe, de quien no sabemos nada.

—¡Es una lástima!

—¿Por qué?

—Porque yo estaba dispuesto a llegar a un acuerdo contigo.

—¿Cuál?

—Partirnos los beneficios, como si se tratase de Peter y tú...

Ella sonrió.

—¡Qué casualidad! Yo también había pensado hacerte la misma proposición.

—¿De veras?

—Sí.

—Pero es imposible.

—¿Por qué?

—Porque no podemos trabajar juntos a menos de conocer la manera de avisar a los otros para que el encuentro con el de la caja se hiciera en otro sitio, lejos de la vigilancia de los hombres de Wood. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. Pero hay algo que no te he dicho.

Fred sintió que su corazón latía con más intensidad que de costumbre. Pero reteniendo su emoción:

—¿Algo interesante? —preguntó con voz tranquila.

—Creo que sí.

—¿De qué se trata?

—Verás. Peter tenía un número de apartado telegráfico en la Tierra, no sé si era en Chicago o en otra ciudad, aunque eso no importa mucho.

—Sigue.

—El hombre que nos visitó se lo dio, diciéndole que enviase una nota convenida si algo anormal se producía.

—¿Cuál era esa nota?

—Debía enviar un cable con el siguiente contenido: «Dificultades, cambiad puerto». ¿Lo comprendes?

—Perfectamente. Pero ¿y la respuesta?

—La recibiríamos en lista de telégrafos, precisamente a mi nombre.

—¡Formidable!

—¿Crees que podremos hacer algo?

—¡Claro que sí! Hay que enviar ese telegrama... ¿qué apartado era?

Daisy sonrió, mirándole, burlona.

—No me habrás tomado por tonta, ¿verdad?

—Es cierto. Perdona. Debí darme cuenta de que no confiabas en mí.

—Ni en ti ni en nadie.

—Comprendo. Quieres ser tú la que envíes ese cable, ¿verdad?

—Sí.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo esta misma noche. Buscaremos una ocasión para que puedas salir del local. Yo entretendré a esos tipos. Tú puedes tomar un taxi y estar de vuelta en pocos minutos.

—De acuerdo; pero aún hay otra cosa.

Fred sonrió.

—¡Eres tremenda! Vas dándome los detalles por episodios.

—Es que no puedo confiarme así como así.

—Tienes razón. ¿De qué se trata?

—Peter y yo habíamos pensado algo.

—Me lo imagino.

—¿De veras?

—Está claro como el agua: esperar la caja, abrirla, suprimir al tipo que la trajese y quedarse con su contenido. ¿No es eso?

—¡Eres un adivino formidable!

—Tendría que ser tonto para no haber llegado a esa solución.

—Bien. ¿Y qué te parece?

—No está mal la idea. Pero primero hemos de conseguir que nos envíen la caja a otro lado.

—Desde luego.

—Una vez hayas recibido la respuesta al cable, escaparemos de Wood y nos iremos al lugar convenido por los de la caja.

—Así lo haremos...

Habían llegado ante el local donde debían pasar parte de la noche y Fred maniobró para terminar aparcando en un lugar marcado para el caso. Ayudó después a descender a la muchacha y penetró del brazo de ella en el lujoso interior.

Como en todas las salas de fiesta del mundo, la distribución de aquella respondía a las exigencias de esta clase de locales; una pista central y una aureola de mesitas que la rodeaban, llegando hasta el fondo de las cuatro paredes, respetando el reducido espacio destinado a la orquesta.

Se sentaron en una de las mesitas mejor situadas, de espalda a la pared, y pidieron unos cócteles para empezar.

—Ahí están —dijo ella.

En efecto, Richard y Zesku acababan de entrar. Se sentaron al otro lado de la pista, en una mesa desde donde podían seguir todos los movimientos de la pareja.

—No se fían —rio Fred.

—Es natural. Han obrado suciamente y creen que nosotros vamos a hacer lo mismo.

Ella rio, mostrando una dentadura perfecta. Pero para Fred, a pesar de que la belleza de la muchacha le impresionaba positivamente, ella no dejaba de ser la más venenosa de las serpientes de cascabel que había conocido.

¡Menuda harpía!

Incluso cuando se quedase sólo con ella, si el plan del cable salía como esperaba, tendría que tener muchísimo cuidado con ella, ya que aquella gatita —sería mejor llamarla por su nombre, pantera— tenía las uñas escondidas, pero no dudaría en sacarlas en la primera ocasión.

—¿Bailamos?

Asintió él y la sacó a la pista, que se había llenado de gente, formando un muro entre la mesa que ellos ocupaban y la que tenían los dos tipejos de Wood.

Aquello dio una idea a Fred.

—Fíjate bien —le dijo a la joven— en que los bailarines ocultan nuestra mesa. Tú que has venido aquí con frecuencia, ¿cuántos bailes tocan seguidos?

—Cuatro.

—¡Puedes irte ahora! Ellos no se darán cuenta de que has salido y al terminar los bailes podrán imaginarse que estás en los lavabos.

—Tienes razón.

Se acercaron al borde de la pista y ella escapó, hacia el guardarropa. Mientras Fred volvía a su mesa.

Encendió un cigarrillo, nervioso, deseando que los bailes durasen cuanto

más mejor. Pero cuando la orquesta interpretó el último de aquella serie, se dijo que Daisy no había tenido tiempo aún de ir a Telégrafos y volver.

Los dos hombres de Wood miraron hacia la mesa.

Zesku habló algo con Richard y pareció dispuesto a levantarse; pero el otro, como esperaba Fred, señaló los lavabos y el gorila asintió, permaneciendo en su sitio.

Una atracción apareció en la pista, reclamando por el momento la atención de los tipos de la banda; pero Fred empezó a ponerse nervioso, ya que la muchacha tardaba mucho.

De nuevo salieron las parejas a bailar.

En el corto espacio de tiempo que precedió a la reanudación de la danza, Singer se percató de que Zesku no estaba convencido de la explicación que Whitemore le había dado y que estaba sobre ascuas, dispuesto a ir para preguntar a Fred dónde se había metido la muchacha.

Tocaban el tercer baile cuando ella reapareció, sofocada, con las mejillas intensamente coloreadas, dejándose caer en su silla.

—¿Ha salido bien?

Daisy sonrió, pero no dijo nada. Se limitó a beber un poco más de lo que había dejado en su vaso.

Los bailarines se retiraron de la pista y Fred vio que el gorila se había tranquilizado y que Richard sonreía.

¡El muy idiota!

Por fin pareció que la muchacha se había recuperado un poco. Y tras haber encendido un cigarrillo dijo:

—Ya puedo hablar. He corrido tanto que el taxista ha debido de creer que estaba loca.

—¿Y qué?

—He enviado el cable...

—¡Cuánto me alegro!

—... y he recibido la respuesta.

—¿Eh?

—Como lo oyes.

—Pero... ¡si es imposible!

—Pues lo ha sido. Cuando llegué a la Central de Telégrafos pedí, pagando un poco más, SRI; es decir, «suplico respuesta inmediata».

—¿Y te la dieron?

—Sí.

—¿Qué han dicho?

Una encantadora sonrisa entreabrió los labios granas de la muchacha; después, con voz melosa, bromeó:

—¿Vuelves a tenderme una trampa, eh, simpático granuja?

—Perdona.

—Puedes saber que me han dado un nuevo lugar para encontrarnos con el que traerá la caja. ¿No es bastante?

—Desde luego.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo que habíamos pensado antes: escaparnos de Wood.

Ella hizo un gesto hacia la mesa que tenían enfrente, al otro lado de la pista.

—No va a ser sencillo.

—Déjame a mí. Haremos como si nos fuéramos y ellos nos seguirán. Tú pasas delante, hacia el guardarropa, para recoger tu abrigo... mientras yo me ocuparé de ellos.

—Son dos.

—Sí, pero Whitemore no cuenta. Es un cobarde...

—Ten mucho cuidado, Fred.

Había un tal tono de dulzura en la voz de la joven, que Singer se sintió, muy a pesar suyo, muy impresionado. La miró, pero se rehízo enseguida, pensando que si ella deseaba que saliese vencedor no era más que por el beneficio que acabaría obteniendo de la asociación que habían formado en aquel momento.

Pero ella, como si hubiese leído sus pensamientos, exclamó:

—No es eso... Fred. Algún día te lo demostraré.

Él se sintió inquieto.

—Está bien —dijo con una sonrisa—. Te creo. Pero no podemos perder el tiempo. Aunque me queda algo por preguntarte. ¿Dónde podremos ir?

—Donde quieras. Hay algunos hoteles en los alrededores que nos convendrían muy bien. No olvides que debemos dejar escondido el coche, Wood lo conoce muy bien... ya que es suyo.

Rieron.

Fred llamó al camarero y pidió la cuenta. Y tras haberle pagado, se levantó, tomó a la muchacha del brazo y se dirigió hacia la salida.

Inmediatamente Zesku se puso en pie y mientras Richard pagaba, el gorila siguió con pasos rápidos a la pareja, que ya había pasado la cortina, que separaba el salón del «hall» y la guardarropía.

Singer dejó que la muchacha se adelantase, volviéndose en el justo instante en que Zesku, seguido ya de cerca por Whitemore, que estaba guardando el cambio en la cartera, le alcanzaba.

—¿Dónde vas? —inquirió, mirando a los ojillos cargados de odio del hombre.

—Contigo. ¿Por qué os vais tan temprano?

—Porque nos hemos cansado de estar aquí.

—Al «boss» no le gustará eso.

—No nos importa lo que guste o disguste a tu «boss». Para hablarte más

claro, Zesku: nos vamos definitivamente Daisy y yo.

Una sonrisa irónica apareció en los labios de Zesku.

—¡Qué bromista! —lanzó.

—¿De veras?

—No te creo.

—Ya lo has oído.

—¡Voy a aplastarte como a un gusano!

Richard, que miraba a Fred sin dar crédito a lo que estaba oyendo, intentó intervenir:

—Vamos, vamos... no es momento de bromas...

Era lo que esperaba Fred.

Aprovechándose de la posición que Whitemore había adoptado, colocándose entre Zesku y él, lanzó un formidable derechazo a la mandíbula del coloso, poniendo toda su energía en el golpe.

A pesar de su masa imponente, Zesku se vio proyectado hacia atrás, momento que aprovechó Fred, cuando el gorila empezaba a recuperarse, para empujar a Richard lanzándolo sobre él y provocando una caída doble que iba a proporcionarle un tiempo precioso.

Lo que necesitaba.

Ya fuera del local, corrió viendo con satisfacción que Daisy estaba ya en el coche y que lo había puesto en marcha. Ella se hizo a un lado para dejar que él tomase el volante.

—¿Por dónde?

—¡Todo derecho! Ya te indicaré.

Fred sonrió satisfecho.

Y hundió el acelerador hasta el fondo.

CAPÍTULO V



L vehículo avanzó, como una exhalación, gozando de un camino abierto y sencillo, ya que la circulación, a aquellas avanzadas horas de la noche, apenas existía.

Fred demostró que conducía con facilidad y soltura, y ella, a pesar de haberse vuelto varias veces, tuvo que convencerse que los hombres de Wood no les seguían.

—¡Hemos logrado despistarlos! —exclamó gozosa.

—Naturalmente. Ese Zesku debe de tener serias dificultades para levantarse una vez ha caído al suelo.

Ella rio.

El resto del viaje lo hicieron en silencio, convencidos ya de que no corrían peligro alguno.

Fred pensaba.

Se daba perfecta cuenta de lo que había hecho, considerando que al haberse librado de la presencia de Wood y de sus matones, había simplificado el problema, ya que dominar a la muchacha, por muy fierecilla que fuese, iba a ser más sencillo que dominar al gordo que, a pesar de su abulia física, poseía una mentalidad cargada de instintos sádicos.

Sí, había salido ganando.

Por otra parte, se prometía llegar a ganar la confianza de la joven y llegar a conocer otros detalles que, estaba seguro, ella le había ocultado. Poco a poco sabría la verdad, impidiendo al mismo tiempo que el misterioso contenido de la caja llegase a manos que no merecían poseerlo.

Hasta el momento no había tenido ocasión alguna de comunicarse con Callowan: pero el jefe de la SIP le había recomendado prudencia y además le había dicho que se abstuviese de comunicarse con él, ya que la SIP realizaría un enlace si lo consideraba necesario.

No estaba seguro de que Callowan conociese mucho de los detalles de aquella fantástica misión.

Y por más que hacía por olvidarlo, no cesaba de preguntarse qué podía contener la caja fuerte que había preocupado, desde el principio, a tanta gente.

No se había publicado nada de ningún robo importante en joyas o en oro que hiciese pensar en que la caja los contuviese. Indudablemente, la dificultad

de abriría, debía tratarse de un nuevo modelo, había obligado a los ladrones a trasladarla a Marte para que el único hombre capaz de violarla lo hiciese.

Pronto llegaron al lugar que había escogido la muchacha y Fred pudo comprobar que no era tonta ni muchísimo menos. Se trataba de un motel, apartado de la ciudad, en un lugar ideal, con un garaje subterráneo donde el coche podía ser camuflado.

Un sitio estupendo.

—¿Te gusta, Fred?

—Muchísimo.

—Aquí no nos encontrarán.

—Seguro. ¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

—No mucho. Me pegaré al teléfono y esperaré a que nos llamen... Lewis no tardará en hacerlo.

—¿Lewis?

Ella se mordió los labios, dando a entender claramente que había dicho demasiado.

Pero hábil, el hombre de la SIP cambió de conversación.

Preguntó:

—¿Vamos a inscribirnos?

—Sí.

Lo hicieron como dos amigos, pidiendo dos habitaciones en una misma casita, al fondo del parque. Fred llevó el coche al aparcamiento subterráneo y lo escondió en uno de los rincones de aquel espacioso garaje, donde apenas si se veía, ya que la luz era difusa y poco brillante.

Pagó una semana por anticipado y del brazo de la muchacha se dirigió, por el paseo bordeado de árboles, hacía el *bungalow* que les había sido asignado, después de rogar al dueño del motel que les sirviera una botella de champaña.

La casita estaba compuesta de un *living* común y dos habitaciones, que él separaba, dotada cada una de ellas con su cuarto de baño individual. El conjunto era coquetón y estaba lindamente amueblado.

—¡Es encantador! —exclamó ella, cuando Fred hubo cerrado la puerta y mientras se quitaba el abrigo de visón.

Examinaron las habitaciones. Ella eligió la de la derecha, un poco más amplia que la que correspondía al hombre. Fue entonces cuando llamaron a la puerta y Fred fue a abrir. Se encontró con el obsequioso dueño del motel, que llevaba la botella en el cubo con hielo.

Una vez despedido el dueño, Fred descorchó la botella y sirvió sendas copas.

—¡Por nosotros! —brindó.

—¡Por nuestra fortuna! —exclamó ella.

Luego, la muchacha, cuando hubo bebido su copa, dijo:

—Tengo una idea, Fred.

—¿Cuál?

—¿Me dejarías llamar por teléfono a Emil?

—¿A Wood? ¿Por qué?

—Me ha hecho sufrir demasiado —dijo ella—. Ya sabes por qué. Mató a Peter e intentó hacerme el amor... ¡Es un puerco!

Fred preguntó:

—¿Y qué piensas decirle?

—Unas cuantas verdades. Lo suficiente para quedarme tranquila... No hay peligro, ya que no puede saber desde dónde le llamamos.

Fred meditó unos instantes.

Después, con una sonrisa, accedió.

—Está bien. Hazlo. Ahí tienes el teléfono...

—Gracias, Fred.

Y acercándose a él, se alzó, poniendo sus frescos y perfumados labios sobre los del hombre.

Después descolgó el combinado y marcó el número de la casa de Emil.

Esperó unos instantes; después preguntó:

—¿Está Wood?

—¿De parte de quién? —inquirió una voz que Fred oyó perfectamente, ya que estaba cerca del aparato.

—Soy Daisy.

—¡Un momento!

Había expectación y emoción, en la voz del comunicante. Poco después, la voz melosa e hipócrita de Wood llegó hasta los oídos de Fred.

—¡Hola, preciosa! ¿Dónde estás?

Daisy sonrió.

—¿Te gustaría muchísimo saberlo, eh?

—Claro que sí. ¿Y Fred?

—Está a mi lado.

—¿Lo estáis pasando bien?

—¡Estupendamente! Bueno, basta de idioteces. Te hemos dejado, Wood... ¿lo entiendes?

—Claro que sí, encanto.

—¿No te enfureces?

Hubo una risita al otro extremo del hilo que, sin poderlo remediar, hizo que Fred se estremeciese.

Luego, Wood dijo:

—No, no me enfurezco. Porque sé que son cosas del momento y que muy pronto estaréis aquí de regreso, junto a vuestro buen amigo Wood.

—¡Nunca, cerdo!

—No hables así. Está mal en una dama como tú, encanto...

—¡He terminado! ¡Te envió al infierno, si te parece mejor!

—Un momento. ¿Quieres decirle una cosa a Fred?

—¿Qué?

—Dile que Zesku y Richard, que están bastante enfadados con él, han salido hace poco hacia una casita en Council Street, exactamente en el número 11... ¿se lo dirás?

Pero no hacía falta.

Singer lo había oído y arrancó el aparato de las manos de la muchacha.

Gritó:

—¡Repite esa dirección, Wood!

El otro rio.

—Claro que voy a repetirlo: 11, Council Street. ¿Conoces, por casualidad, alguien que viva allí?

—¡Ya lo sabes! Mi mujer y mi hijo están en aquella casa...

—¿Ah, sí?

Fred se mordió los labios.

—¡Basta de bromas, Wood! ¡Ordena a ese gorila que vuelva a tu casa!

—Va a ser imposible, Fred querido. De todos modos, les he dicho que me telefoneen antes de entrar. Porque estaba casi seguro de que me ibais a llamar.

—¡Si entran en esa casa, te arrancaré la piel a tiras, Emil!

—No entrarán, Fred, no entrarán... a menos que no sigáis mis órdenes de volver aquí. Os aseguro que no tomaré represalia alguna. Daré por olvidado este lamentable asunto y seguiremos siendo buenos amigos... por el momento.

—¿Cómo has sabido esa dirección?

—Secreto profesional, Fred. Lo comprendes, ¿verdad?

¡Claro que lo comprendía!

Porque se estaba dando cuenta de que Wood jugaba, en aquellos momentos, como un gato con un ratón indefenso, gozándose en el dolor y la impotencia de su víctima.

—Está bien —dijo finalmente Fred—. Iremos.

—Hasta pronto. Y procurad no tardar... podría impacientarme...

—Bien.

Fred colgó, sintiéndose hondamente afectado. Era como si un traidor puñal le hubiera penetrado en las entrañas.

Se volvió.

Daisy estaba ante él, con cara de muy pocos amigos... y una pistola en la mano, cuyos dedos no temblaban.

Se miraron.

Era inútil decirse nada. Sin embargo, ella preguntó vehemente como toda mujer:

—¿Por qué le has dicho que volveríamos?

—Porque volveremos.

—¡Eso lo crees tú! Yo no tengo la culpa de que hayan descubierto la casa de tu familia.

—¿Crees que voy a dejar que hagan daño a mi mujer y a mi hijo?

Ella lanzó una carcajada histérica.

—¡No me hagas reír! ¿Desde cuándo te preocupa esa mujer y ese hijo? Los dejaste para trabajar y luego mientras estuviste en prisión... ¡A buena hora te entra el arrepentimiento!

Fred se mordió los labios.

Porque la muchacha tenía razón... ya que le creía Fred Singer, quien nunca, ésa era la verdad, se preocupó mucho de los suyos, con los que por otro lado no se llevaba muy bien, especialmente con su esposa.

¡Pero él no era Singer, sino Frank Reed, un padre de familia, un miembro de la Spacial International Police, un hombre de orden que idolatraba a su esposa y no pensaba más que en su hijo!

No podía decirle la verdad.

Por eso, adoptando una postura que cuadraba con la personalidad de Singer, repuso:

—Eso no te importa. No quiero que les hagan daño y no voy a consentirlo ahora.

—¡Pues lárgate de aquí!

—No sin ti.

—¡No me hagas reír! Sabes muy bien que no soy de esa clase de mujeres que se ponen a temblar en cuanto tienen una pistola en la mano. Da un solo paso y verás si soy capaz de disparar.

Fred no dudaba de ello.

Pero no podía permanecer allí una eternidad. Tenía que jugarse el todo por el todo, sabiendo que el tiempo era oro y que las palabras de Wood cuando dijo que «podía impacientarse» estaban cargadas de una sorda y maquiavélica amenaza.

Dejó de mostrar un rostro adusto y preocupado, sonriendo incluso. Luego se acercó a la mesa y se sirvió una nueva copa de champaña.

—¿Y si engañásemos otra vez más a Wood?—preguntó mirando a la joven.

—Me tomas por idiota, ¿verdad? —repuso ella, con un tono agrio—. Yo no saldré de aquí. Tú puedes irte a lamer los pies de Wood y de su pandilla, pero no creas que podréis echar mano a la caja fuerte. Porque yo avisaré a Lewis y éste sabrá que Peter ha muerto y que no puede confiar en vosotros.

—¿Quién es Lewis?

—¡No te importa!

Fred no lo había preguntado con el interés de obtener una respuesta. En realidad, lo que deseaba era distraer a la joven un instante. Y considerando que lo había logrado, lanzó el contenido de la copa al rostro de Daisy, al tiempo que se dejaba caer, de cuclillas, al suelo.

La bala le pasó por encima de la cabeza.

Pero ya era demasiado tarde para que la muchacha pudiera repetir su intento. Fred se lanzó sobre ella y la desarmó en un abrir y cerrar de ojos, pero, no sin recibir unas cuantas patadas en las espinillas.

Logró dominarla un poco, pero cuando creía haberlo conseguido del todo, Daisy se revolvió, lanzando sus aceradas uñas sobre su rostro y abriendo en la piel sangrientos surcos.

Fred no dudó ya.

Un directo al mentón, y Daisy se hubiese desplomado en el suelo de no haberla sujetado a tiempo.

Luego la dejó sobre un sofá y fue a por el coche.

Tenía prisa.

Pero mientras conducía hacia la casa de Wood, se dijo que era muchísimo mejor que el gordo no hubiera ordenado nada contra los suyos. Porque entonces, olvidando incluso su deber y la misión que Callowan le había encomendado, se convertiría en una máquina de matar.

Era lógico que los agentes de la SIP no fuesen casados.

* * *

El verdadero Fred Singer salió de la fábrica, pensando que de nuevo iba a enfrentarse con su mujer.

No podía ser.

Habían vivido demasiado tiempo separados para comprenderse ahora. Por otra parte, además de estar acostumbrada a no verle con frecuencia, estaba habituada a recibir mucho más dinero que el que ahora le daba Fred.

Tampoco sentaba a éste su vida honrada como había pensado en un principio. Cuando recordaba que agradeció a Callowan lo que había hecho por él, le daba ganas de darse de puñetazos.

¡Qué escupido había sido!

Porque, a través de lo poco que le habían dicho, Fred, que no era tonto, comprendió que algo grande se estaba preparando en Marte y que aquel agente, que tanto se parecía a él y que iba a sustituirle, llevaba algo entre manos.

Había oído hablar de una caja que debía abrir el hombre de la Spacial International Police.

¿Y que contenía la caja?

—Que iba a ser —se dijo, mientras atravesaba la calle, para entrar en su casa—: ¡Dinero! ¡Muchísimo dinero! O piedras preciosas...

¿Qué más daba?

Sin dejar de pensar en aquello, como había hecho durante semanas, desde que lo dejaron salir de prisión antes de que lo hiciese el falso Singer, abrió la puerta de la casa, sintiendo sobre sus hombros el peso, anticipado, de la escena que le esperaba.

Y no se equivocaba.

Adela Singer era una mujer de armas tomar. Alta, enorme, viril en sus menores gestos, tenía un concepto muy reducido de todo lo que es moral y decencia. Se pasaba el día ante el espejo, rodeada de frascos y cajas de cremas y polvos en los que empleaba alegremente gran parte de las ganancias de Fred.

Para su desdicha, los esfuerzos ímprobos que hacía en el tocador eran inútiles. Y lo peor es que se daba desesperadamente cuenta de ello.

Al oír la puerta se volvió y fue al pequeño *living* donde su marido se estaba quitando la gabardina.

—¿Ya estás aquí? —inquirió con gesto adusto.

—Sí... ¿y la cena?

—No he tenido tiempo de hacerla. ¿Qué te has creído? ¿Que soy tu esclava?

—Yo no digo nada.

—¡Pero lo piensas! Desde que te han hecho volverte un hombre decente, estás imposible. ¡Y yo que pensaba que me había casado con un hombre! ¡No eres más que un muñeco!

—¡Basta!

—¿Ahora me ordenas que me calle? ¿Verdad que me dirás que ésta es tu casa...?

Fatigado, Fred se dejó caer en una silla, y echó la mano hacia atrás para encender el aparato de televisión.

Pero su mano no tropezó más que en el vacío.

Se volvió, viendo que la mesita estaba desnuda, sin nada encima.

—¿Y el televisor? —inquirió, mirando a su esposa.

—Se lo han llevado.

—¿Por qué?

—Porque no había pagado los tres últimos plazos.

—Pero ¿qué hiciste con el dinero? Yo te lo di para que los pagases.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que haga con lo poco que me das?

—Pero...

Era inútil charlar.

Fred consultó la hora y una idea súbita se apoderó de él. Levantándose, salió de la casa, dando un formidable portazo. Quince minutos más tarde estaba en las oficinas de la casa donde trabajaba y que todavía no habían cerrado.

Esperó en un bar próximo, bebiendo un vaso a pequeños tragos. Luego, cuando los últimos empleados hubieron salido, pasó por una calle trasera, completamente desierta y abrió una puerta que daba a los almacenes. Se dirigió después hacia las oficinas y se detuvo con una sonrisa ante la caja de caudales, de un modelo que él había mejorado.

Abrirla fue para él un juego de niños.

Finalmente, abandonó el silencioso edificio, permitiéndose el lujo de tomar un taxi para hacerse llevar hasta el espaciódromo más próximo.

Sacó un billete para Marte.

Si alguien abría la caja misteriosa sería él. Naturalmente haciéndose pagar una buena parte del tesoro que debía contener.

CAPÍTULO VI


ON Daisy en los brazos, aún desvanecida, Fred atravesó el umbral que uno de la banda le había abierto. William Culpepper, el maquillador.

Wood apareció enseguida, sonriente.

—¡Ya estáis aquí! ¿Qué le ha ocurrido a Daisy?

—Tuve que golpearla para convencerla de que tenía que acompañarme.

—¡Pobrecilla!

Sonaban las palabras como silbidos de serpiente en la boca del gordo. Y sus ojos brillaban como ascuas.

—Llévala a su habitación, amigo Fred. ¿Verdad que es linda?

El hombre de la SIP no contestó. Llevó a la muchacha a la que dejó tendida sobre su lecho y volvió enseguida al despacho, donde Wood acababa de entrar.

—¿Y mi familia?

—No te preocupes, Fred. Richard y Zesku vienen ya para acá.

—No han entrado en la casa, ¿verdad?

—No.

Los ojos de Fred lanzaban llamas.

—Ten mucho cuidado, Wood. No se te ocurra molestarlos en lo más mínimo. No tendría piedad...

El otro asintió.

—No temas. Lo que me extraña es que un hombre como tú ame así a los suyos de esa manera... No deja de ser curioso y raro...

Fred tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—Yo no soy un amante de la familia, ya lo sabes. Pero son mi mujer y mi hijo y no quiero que se vean mezclados en nada mío. Nunca lo consentí.

Aquello pareció convencer a Wood.

—Está bien. Nadie les tocará... mientras no hagas tonterías. Ahora vete a dormir. Mañana hablaremos.

Fred obedeció, pero luchó muchísimo hasta que el sueño y el cansancio, unidos a las emociones que había pasado aquella noche, terminaron por rendirle, hundiéndole en un sopor profundo.

Cuando despertó, el sol entraba a raudales, pero pálido, por el ventanal de su habitación. Se levantó, se duchó y se vistió con bastante velocidad.

Luego salió al *living*.

Por primera vez vio que todos estaban reunidos.

Y mientras se sentaba en su silla, se percató de que el rostro de Daisy ofrecía una expresión de seriedad y que había una marca oscura en una de las mejillas.

Por el contrario, Wood parecía de excelente humor.

—¿Has dormido bien, Fred? —preguntó, mirando al recién llegado.

—Sí, gracias.

—Me alegro. Hoy nos hemos reunido todos aquí, como buenos amigos que somos. Anoche tuvimos una larga conversación con Daisy, ¿verdad preciosa?

Ella no contestó.

—Ahora resulta —siguió diciendo Wood— que Peter, su marido, era mucho más hombre de lo que nosotros creíamos. Y que si no habló es que no quiso hacerlo, a pesar de los «argumentos» de Zesku... Sí, amigo Fred. Pero su linda esposa no es tan dura y, además, está interesada en el negocio. Así nos hemos enterado de que anoche te engañó como a un idiota...

—No entiendo.

—Para eso estoy yo aquí, amigo mío, para explicártelo. Anoche te hizo creer que iba a llamar a sus amigos de la Tierra y que le contestaron. Pues no hizo nada...

—No me importa.

—Eso lo dices ahora... pero no anoche. Daisy se limitó a dar una vuelta por la ciudad y volvió, convenciéndote de que había telegrafiado.

—¿Y si lo hubiese hecho y los engañados fueseis vosotros?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque Richard ha ido a Telégrafos y no hubo ninguna llamada, anoche, hecha por una mujer de las señas de Daisy. ¿Convencido ahora?

—Sí.

¡Le había engañado!

Entonces, ¿qué juego desempeñaba aquella víbora?

La miró, pero ella seguía con la cabeza inclinada sobre el tazón, insensible a cuanto se decía a su alrededor.

—También nos hemos enterado de otras cosas —dijo aún Wood—. Resulta que no es necesario que vayáis a ningún sitio para esperar al que tiene que traer la caja. Porque Daisy ha sido tan amable como para decir, por teléfono, que cuando llegue Lewis la llame aquí.

¿Así que había confesado lo del misterioso Lewis?

—Ya ves, querido Fred —siguió diciendo Emil, con un tono burlesco y despectivo—, que no será necesario que volváis a abandonar esta casa, cosa que, evidentemente, me tranquiliza mucho. Esperaremos aquí y traeremos a ese Lewis a esta casa. ¿No está mal, eh?

—No, no está mal.

La decisión de Wood cortaba sus alas definitivamente, ya que no podría abandonar la casa hasta que todo se hubiera terminado. Y entonces ¿cuál sería el pago de Wood?

No podía hacerse ilusiones.

Se había mostrado lo bastante rebelde hacia el jefe para que éste hubiera olvidado los golpes que le propinó y su actitud desde el principio.

¡Ahora sí que estaba en un cepo sin salida!

—¿Podré telefonear al menos? —inquirió.

—¿A quién?

—A los míos.

—¿Es que no te fías, de mí?

—No.

—Es igual. Harás lo que yo diga. Ahora no tienes más remedio que obedecerme.

Fred cerró los puños.

—No empecemos de nuevo, Wood —dijo—. Ya sabes que yo abriré esa caja, pero deseo saber si los míos no han sido importunados.

—Eso es otra cosa. Ahí tienes el teléfono.

Fred se levantó y fue hacia el aparato en el que marcó el número de su casa.

Instantes después, la voz amada de Pat sonaba agradablemente en sus oídos.

—¿Quién es?

—Yo, Pat... ¿Todo bien?

—Sí... ¿y tú?

—Perfectamente. Tengo que cortar, cariño. Hasta la vista.

—Hasta la vista y cuídate.

Fred dejó el combinado sobre la horquilla.

—¿Tranquilo ahora? —preguntó Wood.

—Sí. Puedes contar conmigo.

El gordo se levantó sonriendo.

—¡Estupendo! Como veis todo se ha arreglado y ahora podemos esperar

con tranquilidad. Pero nadie puede abandonar esta casa. Ya lo sabéis. Y esta vez, si lo intentáis, Zesku podrá obrar a su antojo. Tiene mi permiso para hacerlo.

* * *

La caja de madera, el embalaje, era de gran tamaño, pero un letrero de «Muy Frágil» y otro que decía «Aparato de Precisión Científica» daban una especial importancia a aquel bulto.

Había llegado en la astronave que arribó en las primeras horas de la mañana al espaciódromo de Marsville. Y tres hombres, igualmente inquietos, esperaron, junto a un coche que había llegado con ellos, que la caja pasase por los controles de mercancías hasta que les fue entregada, a cambio del correspondiente talón.

Tuvieron que alquilar a cuatro mozos que, ayudados por dos de los hombres, llevaron el bulto al coche: una furgoneta amplia y potente. Una vez cargada la caja, el vehículo, con uno de los jóvenes al volante, se dirigió hacia la ciudad.

El que conducía tenía un aspecto muy semejante al de su compañero: ambos jóvenes, de rostro acanallado y vestidos de una manera demasiado ostensible, eran la estampa misma del granuja de todos los barrios equívocos de cualquier ciudad del mundo.

El hombre era muy distinto.

Sus ropas eran más sobrias y no carecían de una cierta elegancia, pero cuidada y que le hacían un tanto «caballero». No obstante, su nariz aguileña y su frente aplastada hacia atrás le daban un aspecto de pájaro de presa, impresión que se veía reforzada al contemplar sus ojos saltones, como si padeciese una enfermedad del tiroides, y que brillaban con una intensidad insólita.

Había maldad en aquellos ojos y, sobre todo, malicia, astucia, cálculo y peligrosidad al mismo tiempo.

—¿Conoces el camino, Tom? —inquirió, cuando llevaban unos minutos de marcha.

—Sí. He estado otras veces aquí. No olvide que he pasado mucho tiempo en Marsville.

Lewis preguntó:

—¿Hacia dónde cae la casa que hemos alquilado?

—Está en el barrio norte, un sitio tranquilo en plena zona residencial. Nadie nos molestará allí.

—Bien.

El hombre de rostro de ave de rapiña encendió un cigarrillo, mirando el desfile de las calles a través de la ventanilla del coche. Finalmente, el vehículo

se detuvo ante una casa, rodeada por un jardín de grandes dimensiones. Tom descendió, abrió el portalón y subió de nuevo al coche que condujo hasta la entrada de la casa.

Tuvieron que hacer un verdadero esfuerzo para entrar la caja, que dejaron en un rincón del elegante salón en el que se encontraban.

—Desembaladla —ordenó Lewis.

Los dos jóvenes lo hicieron mientras el otro preparaba bebidas, pues habían alquilado una casa amueblada y con toda clase de comodidades.

Cuando las tablas que la envolvían fueron arrancadas, la caja fuerte, un modelo verdaderamente impresionante, quedó al descubierto. Y los tres hombres la miraron, Tom y Jimmy con ambición, Lewis con respeto y con una sonrisa misteriosa en los labios.

—Tendréis que salir a dar una vuelta por la ciudad —dijo después—. Hay que comprar víveres, aunque habrá algo en la nevera. Traed, también cigarrillos y café.

Los otros se bebieron de un trago el «whisky» que Lewis les había servido, abandonando después la casa.

Al quedarse solo. Lewis se acercó a la caja y la acarició sonriente. Luego se sentó ante ella, encendió un cigarrillo y la contempló amorosamente.

Finalmente, sacó su cartera, de la que extrajo un sobre que ya estaba algo sucio y sacó un pliego de su interior.

No se cansaría nunca de leer aquello.

«Querido Lewis: Con toda seguridad, cuando recibas estas líneas, ya habré muerto. ¿No es para mondarse? ¡Al Fredson, al que la policía no logró matar nunca, y no por falta de ganas, se muere de un asqueroso cáncer en la cama de una clínica! Pero es así y no hay nada que hacer. He obligado al médico a que me dijese la verdad y sé que voy a diñarla(1)...

»Tú fuiste siempre mi abogado. Desde un principio me serviste... aunque me has costado muy caro y me has engañado muchas veces. Pero ¿quién no me ha engañado? Ahora con la muerte en los talones, poco importa lo que ocurrió y un pobre viejo como yo (no puedes imaginarte los años que me ha echado encima esta maldita enfermedad), no se atreve a guardar rencor a nadie.

»Y tengo motivos para odiar a los que estuvieron a mi lado.

«Empezando por mi hija.

»¡La hermosa víbora de Daisy! ¡Y pensar que me rompí la cabeza para darle una educación que ella rehusó siempre! Otra que engañó sin piedad, riéndose de su padre como del primer llegado. Sé que tiene la sangre mala, la mía mezclada con la de su madre a la que tuve que

matar a disgustos para no meterle una bala en las tripas... ¡Encantadora!

»Igual ha ocurrido con los otros.

»Porque no habrás olvidado a Wood, ¿verdad? Trabajamos juntos y él decía siempre que yo era el mejor jefe que había tenido en su puerca vida. ¿Se portó bien conmigo?

»No sé dónde está, pero que el diablo se le lleve... Igual digo del gorila de Zesku y del idiota y cobarde de Whitemore. Por fortuna se fueron, aunque se llevaron casi medio millón de créditos, aprovechándose de que yo ya estaba enfermo y que no podía reaccionar como antes.

»Pero no quiero perder el tiempo hablando de esos cerdos. Lo mejor es olvidarlos. Sólo quiero hablar de las dos personas que, a pesar de haberme hecho algunas cosas feas en mi vida, son los únicos que me quedan.

»Lo he olvidado todo, Lewis, puedes estar seguro. Y nada me importa que mi hija huyese, llevándose todas las joyas que tenía en casa, para casarse con ese idiota de Peter Tenn... ¡Menuda inutilidad!

»De todos modos, y como te decía más arriba, no puedo olvidar que sois algo mío y que habéis estado a mi lado durante mucho tiempo. Por eso, demostrando que un *gangster* como yo también tiene su corazoncito, quiero dejaros todo lo que poseo.

»Seguro que cuando leas estas líneas te estarás preguntando qué voy a dejaros. Fuiste siempre muy aficionado al dinero, ¿verdad, querido Lewis? No te preocupes... habrá suficiente para que puedas pasarte el resto de tu vida viviendo como un pachá.

»Igual que los otros.

»Y hablando de los otros, ¿recuerdas a Fred Singer? ¿Verdad que sí? Trabajó para nosotros varias veces, antes de independizarse. Y lo hizo bastante bien... para él. Ya que de la última caja que abrió se llevó más de lo que le correspondía.

»Pero era un buen chico en el fondo.

»Por eso le he contado entre mis herederos.

Y por eso he metido todo lo que me quedaba en una caja que sólo él podrá abrir. No sé dónde está, aunque he oído decir que la poli lo cazó y lo tienen encerrado en el penal del Desierto de Marte.

»Tendréis que tener un poco de paciencia hasta que salga. Y cuando le hayan puesto en libertad, id en su busca y decidle que abra la caja. De lo que encontréis dentro, haced un reparto equitativo, en tantas partes como presentes estéis y que supongo serán cuatro: una para ti, Lewis, otra para mi hija Daisy, otra para su marido y otra para Singer,

que será el que abra la caja. ¿Entendido?

»Sé que esta vez te portarás bien, ya que trae mala suerte desobedecer las instrucciones de un muerto. Además, te lo repito una vez, hay para todos en la caja. Suficiente para que viváis tranquilamente el resto de vuestras longevas vidas.

»Y ya he terminado, Lewis. Vuelvo a decirte que he olvidado todo lo que me hicisteis de mal. ¡Peor es el mal que me corroe por dentro y he de aguantarlo!

«Después de todo, mi vida ha sido interesante y he podido tener todo lo que poseía. Me voy al otro mundo con la satisfacción de haber hecho movilizar más polizontes que ningún otro... ¿No es bastante?

»¡Hasta el mismísimo infierno, Lewis!».

CAPÍTULO VII



RED SINGER, el verdadero, desembarcó en el espaciódromo de Marsville dos días después. Había hecho un viaje excelente y se encontraba de buenísimo humor.

Sobre todo desde que había perdido de vista a su media naranja.

Se sentía otra vez el de antes.

Volvía a respirar libremente, a sentir aquella misma impresión que siempre había experimentado cuando se acercaba la hora de llevar a cabo un «trabajo».

¡Y éste iba a ser importante!

Una vez en la ciudad, su buen humor cedió un poco, preguntándose cómo iba a hacer para entrar en relación con los hombres que poseían la caja. No podía olvidar que un hombre de la SIP lo había sustituido y que debía obrar con cautela para no lanzar toda la policía contra los hombres a quienes deseaba ayudar... para así recibir su premio correspondiente.

No sabía qué había sido del agente de la SIP, puesto que él había abandonado el penal bastante antes de que el agente, con su falsa personalidad, fuese liberado como Fred Singer.

¿Dónde estaría?

Pasó todo el día yendo de un lado para otro, intentando encontrar una solución a aquel problema que empezaba a parecerle insoluble.

Hasta que la encontró.

No había otra manera de encontrar la caja que la de ir hablando, en los barrios donde abundaban los tipos como él, de que había llegado y que deseaba trabajo.

Esperó la noche.

Y en cuanto ésta llegó, empezó a ir de un bar a otro, de una taberna a otra taberna, hablando con uno y con otro, presentándose como Singer y diciendo que le interesaba alguna información que estaba dispuesto a pagar bien.

Eran cerca de las doce cuando, ante el local donde se encontraba, aburrido, sentado en una mesa y ante un vaso medio vacío de «whisky», se detuvo un coche negro.

Richard y Zesku bajaron de él.

Habían salido aquella noche, para dar una vuelta con el permiso de Wood, cuando oyeron hablar de aquel tipo que se hacía pasar por Singer. Y fueron

buscándole, de local en local, Zesku con ganas de darle una lección por embustero.

Entraron.

Una pregunta al *barman*, mientras les servían sendos vasos de escocés, bastó para que éste les señalase al tipo que estaba sentado en la mesa del rincón.

Le miraron.

Y Whitemore exclamó con un estremecimiento:

—¡Se parece mucho!

Zesku asintió.

—Es cierto, pero se parecerá menos cuando haya pasado por mis manos.

—Hablemos primero con él.

—De acuerdo.

Tomaron sus vasos y fueron a la mesa donde tomaron asiento ante la mirada sorprendida de Singer. Richard rompió el silencio:

—¿Eres tú el que dice ser Singer?

—Sí.

—Has bebido mucho, ¿verdad?

—¿Crees que miento?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Porque Fred Singer está con nosotros.

Los ojos del verdadero Singer brillaron de alegría. ¡Por fin los había encontrado!

—El que está con vosotros no es Singer —dijo, midiendo la intensidad de la sorpresa que se leía en su interlocutor.

—¿Quién es entonces?

—Un polizonte.

Whitemore torció el gesto.

—No hablamos en broma, ¿sabes?

—Ni yo tampoco. El tipo que se hace pasar por Singer es un agente de la SIP. Vino a la prisión y estuvo conmigo, encerrado en el sótano, seis meses...

Y les hizo un detallado relato de lo que había pasado en el penal y de su decisión de desenmascarar al agente para ser él quien abriese la caja.

Richard le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Sabes a lo que te expones si nos estás engañando? Porque bien puede ser que seas tú el policía...

Fred sonrió.

—No hay más que una manera de ver si digo la verdad.

—¿Cuál?

—Ponme ante una caja de caudales, la que sea, y verás si soy Singer o no lo soy.

—El otro también sufrió esa prueba.

—¡Bah! Cosas de principiantes. Coloca dos cajas, de las verdaderamente difíciles, una para mí y otra para ese tipo. Si no la abro mucho antes que él y con mayor limpieza, podéis hacer de mí lo que queráis...

Richard reflexionó.

—¿No trabajaste tú, hace mucho tiempo, para Al Fredson?

—No hace tanto. Siete años. ¿Lo conociste?

—Sí. Trabajamos con él hace mucho tiempo... yo casi era un niño.

—Te creo.

—Yo también quiero creerte a ti. Y voy a someterte a una prueba que se nos olvidó hacer al otro Singer.

—La que quieras.

—¿Qué tenía Fredson en la espalda...?

—Un tatuaje que representaba un ancla. Al fue marinero de joven...

—Tienes razón. ¡Qué estúpido fui al no preguntar al otro por esto!

—Todavía puedes hacerlo. Será una prueba más.

—Es cierto.

Whitemore miró al gorila.

—Voy a llamar al jefe por teléfono. Esto es muy interesante.

—Bien.

Richard fue a la cabina, notando que las manos le temblaban.

¡Singer uno de la SIP!

Logró comunicación casi inmediata y le contó al jefe lo que había pasado.

—¿Estás seguro? —inquirió Wood.

—Casi del todo, jefe... ¡Nos han engañado!

—No te importe. Habéis hecho un trabajo estupendo. ¡Traedme aquí a ese tipo! ¡Ahora mismo!

—O. K.

Wood había colgado de golpe.

Richard volvió a la mesa.

—El jefe quiere verte —anunció a Singer.

—Yo también quiero verle.

—Pues en marcha.

Zesku se sentó al lado de Fred, en el coche, que Richard conducía con habilidad y prisa, apretando el acelerador con ansia de llegar junto a Wood cuanto antes.

Estaba deseando ver la cara de aquel falso Singer, del hombre que se había reído de él desde el principio y que ahora se vería en las manos de Zesku.

Se rio, cruelmente, pensando en el espectáculo de que iba a gozar.

*   *   *

Callowan fue a echar mano a la caja de habanos, que había dejado sobre la mesa; pero, en el último instante, sonrió y sacó un paquete de cigarrillos.

Pat Sullivan, que fumaba, sentado al otro lado de la mesa exclamó:

—¡Cuidado, Donald! Todavía no ha terminado el asunto de Marte.

—No me lo recuerdes. ¿Qué estará haciendo Reed ahora?

—¿Qué quieres que esté haciendo? Trabajando, intentando engañar a aquellos granujas.

—Es raro que no me haya informado de nada.

—No habrá podido. Pero ya sabes por su familia que sigue bien, puesto que ha telefoneado dos veces a su esposa.

—Sí, pero la segunda llamada, según esa mujer, no le gustó nada. Fue demasiado breve... y un poco rara.

—¿Qué quieres decir?

—Fue como si Frank estuviese en presencia de la banda. No sé, pero tendremos que andarnos con cuidado. Ya comprenderás que no puedo consentir que le ocurra nada a un hombre que ha dejado de pertenecer a la SIP y que tiene una esposa y un niño.

—¡Sería espantoso!

—¡No sigas más, por favor! Estoy deseando que este asunto termine. Porque cuando Reed y los suyos estén tranquilos, respiraré yo también.

—Y yo.

—Lo peor de este caso es que no sabemos nada. Todo lo que podemos hacer es conjeturar, hacer suposiciones, hipótesis, esbozos... pero nada práctico. Porque ¿qué sabemos en realidad?

—Muy poco.

—¡Y tan poco! Tenemos idea de que hay alguien que necesita abrir una caja y que estuvieron almibarando la vida de Singer en sus últimos tiempos de prisión para ganárselo. Pero ¿de dónde procede esa caja? Y ¿qué hay en su interior?

—Ya lo sabremos.

—Sí, y espero que no será demasiado tarde. Lo malo es que no podemos ayudar a Frank, al menos por el momento.

—¿No has tomado algunas precauciones?

—Sí, desde luego.

—¿Cuáles?

—Tengo a Anthony Leever instalado frente a la casa donde está la familia de Reed. Ya comprenderás que a pesar de utilizarla como garantía para él, no puedo permitir que le ocurra nada a esa mujer y a ese niño. Leever está

armado y sabe hacer las cosas bien.

—¿Te ha informado?

—Lo hace cada noche. Estoy esperando que lo haga hoy.

—¿Ninguna novedad hasta ahora?

—Ninguna. Hace unas noches que vio un coche parado cerca de la casa de la señora Reed; pero el coche se alejó.

—¿Quién iba en él?

—Anthony los vio de lejos y no pudo distinguirlos bien, pero me dijo que uno de ellos era un verdadero gigante.

—¿Gente de la banda en la que está Frank?

—No lo sé.

—¿Y la caja?

—Tampoco puedo decirte nada. Por el momento, no deben de haber hecho nada con era, ya que Frank se hubiese escapado de haberla abierto, para informarnos.

—Desde luego.

Uno de los teléfonos se dejó oír y Callowan alargó la mano y asió el combinado.

—¿Diga?

—Aquí Elmer, señor.

—¿Qué hay?

—¡Singer ha desaparecido!

—¿Eh?

—Sí. No tenemos precisión de lo que ha pasado, pero creemos que tomó un billete en el espaciódromo de la ciudad. Iba hacia Marte.

—¡Maldición! ¿Cuándo fue eso?

—Ayer. Debe de estar llegando a Marsville, señor.

—Bien. Ya haremos lo que podamos.

Contó a Pat lo que ocurría mientras pedía una comunicación urgente con Marte.

—¿A quién vas a llamar? —inquirió el médico.

—A Anthony. ¿No comprendes lo que va a ocurrir ahora?

—Sí.

—La banda va a liquidar al agente y a vengarse en su familia...

El timbre de llamada sonó.

—¿Oiga?

Una voz lejana llegó hasta él.

—Aquí Leever, señor.

—¡Hola, muchacho! Hay novedades importantes. ¿No ha ocurrido algo por ahí?

—Nada nuevo por ahora.

—Bien, mejor. Toma inmediatamente a la familia de Frank y llévatela a un lugar seguro.

—Pero ¿qué ocurre, señor?

—Singer, el verdadero, está, ahí en Marte. ¡Nos ha engañado y ha roto sus promesas!

—¡El muy sinvergüenza!

—Ahora ya no hay tiempo de nada. Una vez hayas puesto a buen recaudo a los Reed, ve a la casa donde está Frank y...

—¡No sé dónde está, señor!

—Pues infórmate en la policía. ¡Que se muevan un poco! Ellos conocen a los sospechosos de la ciudad mejor que nosotros. Has de avisar a Frank, sea como sea.

—Así lo haré.

—Llámame enseguida que hayas conseguido algo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Callowan dejó caer el combinado sobre la horquilla; después, volviéndose a Pat, dijo:

—¡Ojalá tengamos un poco de suerte! Porque, si no llegamos a tiempo, Frank lo va a pasar mal...

—¿Y entonces?

Donald cerró los puños.

—Esta vez —dijo entre dientes— ni siquiera llamaría al «Servicio de Ejecuciones». ¡Iría yo mismo para aplastar la cabeza a sus asesinos!

* * *

Al caer la noche. Lewis se vistió y ordenó después a Tom que se quedase en la casa.

—Eres responsable de lo que pase aquí —le dijo—. Que no entre nadie, ¿eh?

El otro sonrió, mostrándole la pistola que sacó ágilmente de la sobaquera.

—Nadie entrará aquí, patrón.

—Bien.

Acompañado por Jimmy, el abogado abandonó la casa, yendo hacia la ciudad. Veinte minutos más tarde se detenía ante el local en el que había quedado con encontrar a Peter y a su mujer.

Había sido él quien los visitó, leyéndoles el testamento del padre de Daisy y ordenándoos que fuesen a Marte para esperar la salida de Singer. Ahora debían de estar esperándole.

Pero no los vio en el local y, sentado con Jimmy, esperó hasta cerca de las doce. Sin poder controlar más su impaciencia, se acercó al *barman* y le

preguntó si había visto a alguien con las señas de Peter y Daisy.

—Venían por aquí cada noche.

—¿Hace mucho que no vienen?

—Unos días, pero la señorita dejó un recado.

—¿Cuál?

El otro le miró con desconfianza.

—Era para un hombre que se llamaba...

—¿Lewis?

El *barman* sonrió.

—Eso es. Ya comprenderá usted que no podía dar el recado si primer cliente que se acercase aquí preguntando por la señora.

—¿Y qué recado es ése?

El empleado hurgo en uno de sus bolsillos y sacó un papel que estaba cuidadosamente doblado.

—Tiene usted que llamar enseguida a este teléfono, señor.

—Bien.

Lanzo un billete de diez créditos sobre el mostrador y se alejó hacía las cabinas telefónicas, sin hacer caso de las agradecidas palabras del *barman*.

Luego marco el número...

* * *

Frank estaba sentado en un sillón, fumando cigarrillo tras cigarrillo, visiblemente preocupado.

Hacía ya unos días que estaba encerrado en aquella casa, desde que Wood le había prohibido la salida, Y no dejaba de pensar, con impaciencia, en el momento en que aquel asunto entraría en su fase crítica.

Tenía ganas de que así fuese.

Empezaba a cansarse, notando que ya no era el mismo de sus buenos tiempos de la SIP. Los años no pasaban inútilmente y, además, la vida familiar marca a las personas con un sello indeleble.

Daisy, cómodamente instalada en otro sillón, leía una revista. Y Wood, en su sillón favorito, fumaba un habano, con los ojos entornados y sus gordezuelas manos sobre el vientre, donde la ceniza del cigarro iba amontonándose sin que pareciese percatarse de ello.

Richard y Zesku habían obtenido un permiso para salir a dar una vuelta aquella noche. Pero cuatro hombres más, armados hasta los dientes, estaban en el jardín, lo que hacía imposible intentar nada para salir de allí.

Además ¿para qué hacerlo?

Su misión era esperar el momento de abrir la caja, puesto que eso era lo que Callowan le había ordenado.

Fue entonces cuando el teléfono se dejó oír.

Wood se sobresaltó, despertándose de golpe y mirando a los otros dos. Luego, poniéndose trabajosamente en pie, fue hacia el aparato, que desapareció en una de sus enormes manos.

—¡Diga!

—¿Peter Tenn?

—¿De parte de quién?

—Lewis.

Emil no pudo evitar un estremecimiento.

—Un momento, por favor —se apresuró a decir, con voz pegajosa—. Soy el conserje del hotel. El señor Tenn está enfermo. ¿Le es igual hablar con su esposa?

—Sí, es lo mismo. Gracias.

—Un instante, por favor. Voy a avisar a la señora Tenn.

Tapó el aparato con su grasosa mano y volviéndose a Daisy dijo:

—¡Es Lewis! ¡El que esperábamos! Le he dicho que Peter estaba enfermo, ya que Singer puede tener una voz distinta a la de tu marido. Ponte tú y cuidado con lo que dices. Tendré el otro auricular en el oído.

Visiblemente emocionada, la muchacha abandonó su asiento yendo hacia el teléfono, que Wood le entregó.

—¿Lewis?

—¿Daisy?

—La misma. ¿Cómo estás?

—Yo bien. ¿Y Peter? ¿Qué le ocurre?

—Está enfermo, pero creo que no será nada grave.

—¿Y Singer?

—Con nosotros.

—¡Formidable! Tenemos la caja aquí.

—¿Sí?

—Sí. En una casa que he alquilado. ¿Podéis venir esta noche?

—Espera un momento. Voy a hablar con Singer.

Tapo el auricular y miró a Wood, que tenía el otro pegado al oído.

—¿Qué le digo?

—Que vamos ahora mismo. ¡Maldita sea! Y esos idiotas que no han vuelto aún. Pero no importa. Pregúntale dónde está la casa y dejaremos una nota para Richard y Zesku.

—Bien —destapó el auricular—. ¿Dónde está la casa, Lewis?

—En Dolland Quartier, es el número ciento veintitrés. ¿Venís?

—Sí, añora mismo...

Wood había escrito una nota sobre la mesa e hizo una seña a la muchacha para que la leyese:

«Pregúntale si está solo».

—Oye, Lewis.

—¿Qué?

—¿Has venido solo?

Hubo una corta duda.

Después contestó:

—Sí, completamente solo.

—Bien. Vamos a toda velocidad.

—Os esperaré en la casa.

—Hasta ahora, Lewis.

—Hasta ahora.

CAPÍTULO VIII



O corras tanto, loco!

Zesku gritó al ver qué poco faltaba para que el coche que conducía Richard se estrellase contra un camión al que intentaban adelantar.

Pero Whitemore no le escuchó.

Siguió corriendo y pocos momentos después se detenía ante la casa. Bajaron los tres, y llamaron a la puerta después de que los hombres que Wood había puesto en el jardín, les dejaron pasar.

Fue Emil en persona quien les abrió.

Al ver al hombre que les acompañaba, sonrió.

Dijo:

—No he dicho nada al otro. Pasad, será una linda sorpresa. Además hay que apresurarnos. La caja ha llegado.

—¡La caja! —exclamó Richard, abriendo los ojos como platos.

—Pasad.

Lo hicieron, atravesando el pequeño «hall» para entrar después en el *living*.

Al ver a Singer, Frank palideció. Intentó, por todos los medios, dominarse, cosa que consiguió con muchísima dificultad.

Wood sonreía.

Y Daisy, mirando a uno y a otro, preguntó:

—¿Qué significa esto?

Ella no había conocido a Singer, cuando éste trabajó para su padre, como tampoco recordaba a Wood y a su banda, a los que nunca había visto, ya que cuando éstos trabajaron a las órdenes de Al, ella era muy pequeña y estaba interna en uno de los mejores colegios de Nueva Inglaterra.

—Sencillamente —dijo Emil—. Que estos dos han encontrado una copia exacta de «nuestro» Fred. ¿No es interesante?

—¡Yo soy el verdadero Singer! —gritó Frank.

—¡Mentira! —rugió el otro.

Wood sonrió aún.

—Yo ya no dudo, puesto que desde el primer momento noté algo raro en

ti.

—Sí, patrón —intervino Richard—. Éste es el verdadero Singer. Recuerda perfectamente el tatuaje que Al llevaba en la espalda.

Daisy dio un grito.

Y Wood, volviéndose hacia ella, preguntó:

—¿Qué bicho te ha picado, muñeca?

—¿De qué Al estáis hablando?

—De Al Fredson. ¿Lo conoces, acaso?

—No... no lo conozco.

¿Así que aquel hombre, Singer, había trabajado para su padre?

Pero Wood cortó sus recuerdos y reflexiones.

—Sí, asqueroso policía. Ahora ya sabemos quién eres y no vas a escaparte así como así.

—¡Déjemelo a mí, patrón! —rugió Zesku.

—No hay tiempo ahora. Llamad a los de afuera y que se queden con el «poli» aquí. Cuando volvamos, le daremos su merecido. ¿O creéis que voy a perderme la representación? Zesku se encargará de él y todos pasaremos un buen rato. ¡Vamos!

Los cuatro hombres que vigilaban fuera entraron y Wood les puso en antecedentes de lo que tenían que hacer.

Luego, dirigiéndose a los demás, ordenó:

—¡Vamos! ¡En marcha! ¿Y tú, Singer, dispuesto a abrir la caja?

—Si se me paga bien, patrón.

—No te preocupes. Emil Wood no ha defraudado jamás a los que trabajan para él. ¡En marcha!

Salieron y ocuparon dos coches que se alejaron, muy pronto, hacia el barrio donde Lewis les estaba esperando.

Al quedarse solo con aquellos granujas, Frank tuvo ganas de echarse a llorar.

¡Había fracasado rotundamente!

Y no le preocupaba, a decir verdad, lo que hiciesen con él. Pero temblaba de pavor, seguro que la venganza del gordo repugnante caería también sobre los suyos.

Sobre Pat y Paul.

Se estremeció.

* * *

Anthony Leever, el agente de la SIP al que Callowan había encomendado el cuidado de la familia de Frank, no perdió ni un solo minuto.

Cruzó la calle y llamó a la puerta de la casa de Pat Reed. La hora que era le hizo esperar algunos minutos y tampoco la mujer se decidía a abrir. Para ello tuvo Anthony que explicarle todo, darle garantía de su identidad y hablarle de la SIP con precisiones que sólo un agente verdadero podía conocer.

Finalmente, Pat abrió, ya confiada, y él le explicó lo que estaba ocurriendo, instándola para que despertase al niño y huyese con él a un lugar seguro.

Media hora más tarde, una vez dejada la familia Reed en un lugar seguro, el agente de la SIP tomó el camino de la Central de Policía. Allí presentó sus credenciales y rogó que le pusieran en comunicación con el inspector de la criminal.

Momentos después estaba en el despacho de Alan Colster.

Explicó al inspector lo que deseaba y el otro le escuchó atentamente.

Después dijo:

—Creo que puedo darle una información, aunque no sé si es segura.

—¡Haga lo que pueda! Ese hombre está en peligro.

—Lo comprendo. Nosotros le seguimos un poco los pasos para evitar que volviese a las andadas. Sé que llamó a su familia, pero nosotros ignorábamos que se trataba de un hombre de la SIP.

—¿Sabe dónde iba?

—Creo que sí. Andaba con unos tipos que pertenecen a la banda de Wood.

—¿Quién es?

—Un granuja que trabajó en varias ciudades de la Tierra, pero al que no se le ha podido demostrar nunca nada.

—¿Dónde vive?

—En una villa muy elegante, en el norte de la ciudad, Avenida del Príncipe, número 1843. Conocemos sus señas, pero nunca hemos podido sorprenderlo en nada. Desdichadamente.

Anthony se puso en pie.

—¡Muchas gracias, señor!

—¿Quiere que le acompañemos?

—No, muchas gracias. Prefiero avisarle sin que se den cuenta.

—Como quiera.

Anthony se precipitó en su coche y apretó el acelerador hasta el fondo. Sólo disminuyó la velocidad al llegar a la Avenida del Príncipe, yendo despacio hasta detenerse unos cuantos números antes del que le había proporcionado el comisario.

La planta baja de la casa estaba iluminada, pero el jardín parecía vacío. Descendió del vehículo, penetró en el recinto y avanzó quedamente hacia el edificio.

Todo estaba en silencio.

Logró llegar hasta una de las ventanas. A través de ella vio a Frank sentado en un sillón, con las manos y los tobillos atados. Cuatro hombres, alrededor de una mesa, jugaban al póquer, echando, de vez en cuando, una sórdida mirada al prisionero.

Cuatro hombres.

Tendría que obrar con cuidado si no quería fracasar y provocar la muerte de Reed. Dio la vuelta a la casa y en la parte posterior encontró una puerta que cedió con relativa facilidad a la acción de su ganzúa magnética, aparato casi infalible que todos los miembros de la SIP poseían.

Una vez dentro se dio cuenta de que se hallaba en la cocina, por la que avanzó, sirviéndose de su lámpara, que encendía y apagaba rápidamente para que su luz no reflejase demasiado.

Abrió otra puerta.

Al hacerlo vio la luz que al final de un pasillo dejaba filtrar la puerta abierta del *living*.

Estaba cerca.

Andando de puntillas, fue avanzando lentamente, oyendo la conversación que sostenían los granujas que estaban jugando a las cartas. Poco a poco, llegó hasta el dintel de la puerta, atreviéndose a echar una ojeada.

Su posición era buena.

Tenía la Special-Luger en la mano y sabía que no podía tener piedad hacia nadie de allí. No había más que ver las sobaqueras de todos ellos, que jugaban en mangas de camisa y de las que asomaban las negras culatas de los revólveres.

Había llegado el momento.

Calculó que podía matar dos antes de que los otros «sacasen»; luego tendría que saltar hacia el otro lado de la estancia, de modo a evitar los disparos que los dos supervivientes le hiciesen.

Se lanzó.

¡Pam! ¡Pam!

Dos disparos certeros, mortales, que derribaron a dos de los bandidos mientras los otros se lanzaban al suelo, sacando sus armas.

Disparó de nuevo.

Otro cayó para siempre; pero el otro se había arrastrado y colocado tras una silla y disparó, logrando herir al agente en un brazo y obligándole a soltar la pistola.

El hombre se incorporó, con una sonrisa criminal en los labios.

Se leía la muerte en sus ojos inyectados de sangre.

Ahora estaba seguro de poder terminar con su enemigo y vengar a los que

el otro había «tumbado». Pero quería hacerlo bien, viendo sufrir a su adversario.

Quería tirar al vientre para hacerlo padecer.

Sin dejar de sonreír, avanzó unos pasos, aunque aquello era más una mueca feroz que una sonrisa.

—¡Voy a llenarte las tripas de plomo! —exclamó, silbando las palabras, entre los dientes.

Y levantó un poco el Colt.

Pero no contaba con Frank.

Éste, que había asistido a la escena, en una impotencia desesperante, logró ponerse de pie, avanzando por la espalda del «gangster», hasta que estando ya cerca de él dio un salto, con los pies juntos, cayendo, con todo su peso, sobre el otro.

Cayó sobre él.

Lo que aprovechó Anthony para llegar a la pistola y cogerla con la izquierda, disparando al mismo tiempo. Lo hizo con una gran precisión, demostrando que había sabido aprovechar las lecciones de los maestros de la Escuela de la SIP.

Un disparo fatal para el bandido.

La bala le penetró por la boca, destrozándole la base del cráneo.

Leever se precipitó hacia su compañero, librándole de sus ligaduras en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Gracias, Frank!

—Gracias a ti. Creí que nadie llegaría.

—Los tuyos están a salvo.

—¿De veras?

—Sí. Callowan me hizo que los vigilase desde el principio.

—Debió decírmelo. Hubiese sufrido menos.

—No era conveniente, ya que los de la banda se hubieran dado cuenta de tu seguridad. ¿Sabes que el verdadero Singer ha llegado aquí?

—Sí. ¡No tenemos tiempo que perder! He oído la dirección a la que han ido para abrir la caja. ¡No podemos consentir que se salgan con la suya!

—¡Adelante!

—Pero estás herido.

—Sólo me ha rozado. No es nada.

Abandonaron la casa y subieron al coche que Anthony había dejado más abajo. Frank tomó el volante. Apretó el acelerador y se dirigió hacia el barrio donde estaba la casa alquilada por Lewis.

* * *

Acompañado por Jimmy, después de haber hablado con Daisy desde el local donde esperaba haberla visto, Lewis, con expresión reconcentrada, se dirigió, lo más rápidamente posible, a la casa de las afueras de la ciudad donde había dejado a Tom al cuidado de la preciosa caja que le solucionaría el resto de su vida.

Una vez en la casa, se reunió con sus dos ayudantes y tras encender sendos cigarrillos anunció:

—He hablado con Daisy, pero creo que hay gato encerrado.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Tom.

—Que algo ha debido de pasar.

—¿A Daisy?

—A ella y a Peter. Por eso hemos venido a toda velocidad.

—¿Y cómo evitarlo?

—Tengo un plan. Yo me quedaré aquí, con la caja, ya que he tenido la habilidad de decir que había venido solo.

—¿Y nosotros?

—Estaréis en la habitación de al lado, con las pistolas preparadas.

—Bien.

—Pase lo que pase, no os moveréis hasta que estemos seguros de que todo va bien. Esperaréis a qué os avise para salir.

—¿Y si no lo hace?

—No os moveréis de ahí. Desde esa habitación podéis escuchar todo lo que se diga aquí. Si os dais cuenta de que las cosas marchan mal, ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Entendido.

—Es muy posible que Peter y Daisy hayan caído en una trampa. Sobre todo Peter, que no ha dejado nunca de ser una verdadera calamidad. Yo he notado algo raro cuando hablaba por teléfono con la muchacha, como si alguien estuviese a su lado vigilando la conversación. Además, sospecho de otra cosa.

—¿De qué?

—La voz del que se hizo pasar por conserje del hotel me era conocida.

—¿Sí?

—Sí. Hubiese jurado que era la del viejo Wood. Hace mucho tiempo que no la oía, pero su sonido es inconfundible.

—¿No trabajaba antes con Al?

Lewis dijo:

—Sí, pero vosotros no lo habéis conocido.

—¿Qué tal es?

—Un tipo repugnante, un aprovechado en todo... Engañó a Al muchas veces y se fue, con sus amigos, llevándose un dinero que no le pertenecía.

—¡Granuja!

—Al se levantaría de su tumba si supiese que esa carroña iba a aprovecharse de su dinero. No, el tesoro de Fredson será para los que él ha dicho. Y naturalmente, vosotros tendréis también vuestro beneficio.

Los dos jóvenes sonrieron.

Fue en aquel momento cuando el ruido de los motores de unos automóviles llegó hasta el interior de la casa. Veloz como el rayo, Lewis se precipitó a la ventana, levantando el visillo que la cubría.

Dos coches acababan de detenerse junto al suyo y el abogado del «*gangster*» vio descender de ellos a una mujer, Daisy sin duda alguna, y cuatro hombres.

—¡Lo que me imaginaba! —exclamó—. ¡Pronto! ¡A esa habitación!

—¡Vamos, Jimmy!

—Y no olvidéis lo que os he dicho.

—No.

El timbre de la puerta sonó en aquel preciso instante.

CAPÍTULO IX



EWIS fue a abrir la puerta. Estaba nervioso e inquieto, pero consiguió disimularlo con bastante fortuna.

Nada más abrir, Zesku le asió por las solapas, levantándole en el aire y conduciéndole, de aquella guisa, hasta el salón.

Wood, Richard, Singer y la muchacha entraron después.

La mirada del gordo se posó, al tiempo que sonreía, sobre la flamante caja de caudales que ocupaba uno de los ángulos de la habitación.

—¡Por fin! —exclamó—. ¡Ya era hora de que te echase los ojos encima, preciosa!

Lewis le miraba con rencor.

Y volviéndose a Lewis preguntó:

—¿Qué haces tú aquí, Larson? Hace mucho tiempo que no nos veíamos. ¿Qué tienes tú con todo esto?

—Di a tu gorila que me suelte si es que quieres saber la verdad.

—¡Déjale, Zesku!

El gigante obedeció.

—Bien —dijo Emil—. Ahora puedes hablar. Siéntate aquí. Tenemos tiempo.

Lewis obedeció.

—¿Y bien? —insistió Wood impaciente.

—Es muy sencillo —replicó el abogado—. Al hizo su testamento, dejando el contenido de la caja a los que colaboramos desinteresadamente con él.

—¿Y quiénes son los beneficiarios de ese legado?

—Singer, Peter, Daisy y yo.

Wood se echó a reír, a carcajadas, sujetándose su voluminoso vientre que daba saltos.

—¡Formidable! —gritó, con los ojos arrasados de lágrimas—. ¡Fantástico! ¡Maravilloso!

Y tras haber recuperado la tranquilidad:

—¿Así que los beneficiarios son los que colaboraron desinteresadamente con el viejo Fredson?

—Eso es.

—¡No me hagas reír! ¡Pobre Fredson! Tú, picapleitos, no dejaste de engañarle desde el principio. Al era inteligente, de veras, pero sólo para idear golpes y asaltos. En cuanto a las cosas de leyes, no sabía absolutamente nada. Por eso le «liaste» tantas veces...

—No es cierto.

—A mí no me engañas. En cuanto a los otros: Daisy, que resulta ahora su encantadora hija, y es una lástima que no haya asociado la imagen de esta preciosidad a aquella chica de trenzas y pecas que yo vi una sola vez, nunca dejó tranquilo al viejo, dándole disgusto tras disgusto.

—¿Y Peter? ¿Dónde está?

—Murió... no podía hacerse nada más por él.

—Comprendo.

—En cuanto a Singer, he oído decir que también le hizo una mala jugada a Fredson. ¿Qué le ocurrió al viejo? ¿Se ablandó antes de morir?

—Tenía cáncer.

—Ahora lo entiendo. Lo que la poli no pudo hacer, lo hizo la enfermedad. ¡Maldito viejo! Y por lo visto no se acordó de nosotros.

Lewis le miró con odio.

—Es verdad que nosotros le engañamos... ¿Pero y tú, Wood? ¿Has olvidado lo que le hiciste?

Emil soltó otra estridente carcajada.

—¿La cara que debió poner, eh? Esperaba repartir los beneficios de aquel

golpe con su acostumbrada tacañería y le salió el tiro por la culata. ¿Qué se había creído? ¿Qué él era el rey y todos nosotros sus esclavos?

—¡No debiste engañarle de esa forma!

—Ahora ya es igual, puesto que todos tendremos parte de sus beneficios.

—¡Eso no!

Wood miró sonriente a Lewis.

—¿Cómo qué no?

—¿No sabes que trae mala suerte querer engañar a un muerto?

—¡Tonterías! ¡Y basta ya de idioteces! Tú, Daisy y todos nosotros le engañamos cuando vivía. Ahora, que ya está muerto, ¿qué puede importarle? Además, para decir toda la verdad, ¿no le aguantamos con paciencia? Era un mandón, un dictador de pies a cabeza. ¡Estábamos hartos de él y si le soportamos fue porque nos proporcionaba limpias y poco peligrosas ganancias. Pero aun así, tuvimos que alejarnos de él antes de matarle.

—¡Era mi padre! —exclamó Daisy—. Y la mayor parte de su herencia debe ser para mí.

—No es así —intervino Lewis—. Yo tengo su testamento y se hará como en él se dice.

Emil soltó otra carcajada.

—¿Tú crees, abogaducho? Pareces muy seguro de todo esto... ¡Zesku!

Le habló en rumano, velozmente.

—Bien, patrón.

No hizo más que moverse, justo cuando la puerta se abría y los dos jóvenes, Tom y Jimmy, aparecieron en el umbral.

La metralleta que Zesku había sacado del abrigo abrió fuego, en una rápida y mortífera ráfaga, segando la vida de los dos amigos de Lewis, que no pudieron ni hacer uso de sus armas.

—¿Conque nos tenías reservada una sorpresa, eh, picapleitos? —rugió Wood.

—¿Lo liquido, jefe? —preguntó el gigante.

—No. Átamelo bien a ese sillón. Quiero que padezca antes de morir. Que vea la fortuna que se le escapa de las manos.

—¡No hagas eso, Wood! —gimió el abogado—. ¡Me conformaré con lo que quieras darme!

—¡Ja, ja, ja! —rio Emil—. ¿Me has tomado por el viejo Fredson? A él podías engañarle, pero yo soy, no lo olvides, Emil Wood... ¡Átalo, Richard!

Whitemore obedeció.

Fue entonces cuando Wood se acercó a la caja, acariciándola con visible cariño.

—¡Toda la fortuna de Al! ¡Si hubiese sabido que se trataba de esto! El viejo zorro...

Y volviéndose a Singer, dijo:

—Ha llegado el momento de demostrar tus habilidades, Fred. Fredson preparó esta caja para tus manos.

Singer miró fijamente a Wood.

—¿Y mi parte? —inquirió.

—La tendrás.

—¿Cuánto?

Emil reflexionó unos instantes.

—Dividiremos lo que contenga en cinco partes; es decir, en cuatro...

—¿A quién has eliminado? —preguntó Singer, frunciendo el ceño.

Wood se acercó a él, hablándole al oído.

—¿Lo entiendes ahora? —dijo.

El otro sonrió.

—De acuerdo. Tú eres el jefe y tú mandas.

Fue hacía la caja y se arrodilló a su lado, acariciando la cerradura con sus dedos sensibles.

—¿Será difícil? —inquirió Emil.

—Un poco. Es un modelo especial. Pero no tardaré más de cinco minutos.

—Entonces, ¡manos a la obra!

* * *

—¿Llegaremos a tiempo?

Frank sonrió.

—Creo que sí. ¡Si vieses qué bien me encuentro ahora!

—¿Por qué?

—Porque sé que los míos están fuera de peligro. Ahora comprendo que los agentes de la SIP en activo tengan que ser solteros. Es natural... porque la familia, en determinadas ocasiones, puede hundir a un hombre, por mucho agente de la SIP que sea.

—Es cierto.

—Ha habido momentos durante esta misión, te lo confieso, Anthony, en que maldecía el momento en que había aceptado las instrucciones del Viejo.

—Pero Callowan no olvidó nunca a los tuyos.

—Debía habérmelo imaginado. ¡Qué imbécil he sido!

—Has obrado normalmente.

Hubo un silencio.

Luego Frank preguntó:

—¿Qué crees que contendrá la caja?

—Me imagino que una verdadera fortuna.

—Seguro.

Condujo más aprisa, pero tuvieron la mala suerte de equivocarse de camino, lo que los obligó a dar una gran vuelta.

—¡Maldita sea! —exclamó Frank.

—Yo tampoco conocía el camino.

Guardaron silencio, pendientes de la nueva dirección que habían tomado. Luego Frank preguntó para matar aquella espera insoportable:

—¿Llevas mucho tiempo en la SIP?

—Tres años.

—¿Contento?

—Mucho. ¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué vas a hacer después de todo esto?

—Volver a casa. He comprendido que no estoy ya para estos trances. De estar solo, ingresaría de nuevo en el Servicio, pero he conocido en esta misión tales momentos de angustia por los míos, que no deseo volver a experimentar.

—Entiendo.

—De todos modos tengo un hijo. Y poco a poco lo orientaré hacia la Spacial International Police.

—¿Cómo se llama?

—Paul.

—Es muy lindo.

—¿Lo viste?

—Sí, tu esposa lo llevaba en brazos, dormido a medias, mientras los saqué de tu casa.

El coche describió una curva.

—Ya estamos, es esta calle. No tardaremos en llegar.

Y apretó aún más el acelerador.

* * *

—¿Falta mucho?

Singer se secó el sudor que perlaba su frente, volviéndose para mirar a Wood con una sonrisa en los labios.

—Muy poco. Tengo ya seis cifras de las nueve que lleva.

—¡Estupendo!

Todos los ojos brillaban de igual forma, cargados de deseo y ansiedad. El silencio era completo y sólo los tenues giros de la rueda de la caja se dejaban oír.

—¡Wood!

Emil se volvió hacia Lewis.

—¿Qué quieres? —inquirió con voz áspera.

—¡Perdóname! Trabajaré para ti y sólo te pediré lo que tú quieras darme...

Emil sonrió de una manera cruel.

—¿Sufres, eh? Ya te lo dije, picapleitos... ¡Espera que se abra la caja y veremos que los ojos se te saltan de las órbitas!

—Por favor, Wood.

—¡Vete al infierno! Y cierra la boca si no quieres que Zesku te la cierre de veras.

Toda la atención se concentró de nuevo en las manos de Fred.

Éste sudaba por todos los poros de la piel. Se encontraba ante un tipo de cerradura verdaderamente rebelde y su entrecejo se fruncía al no poder captar las cifras que le faltaban.

Por fin lanzó un suspiro.

—¡Ya tengo la séptima!

—Bien...

—¿Queréis darme un trago? ¡No puedo más!

Whitemore corrió con un vaso lleno de «whisky» que el «revientacajas» bebió de un solo trago.

—Voy a seguir.

Se secó las manos, echándose más polvo y talco.

Y prosiguió su trabajo.

No había pasado medio minuto cuando lanzó una carcajada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Wood.

—Que ya tengo la octava. Sólo me falta una.

—Llevas más de diez minutos.

—No te extrañe, jefe. Es un modelo verdaderamente endiablado.

—Lo supongo. El viejo Al nos ha querido hacer pasar un mal rato antes de que veamos su tesoro. ¡Maldito sea!

Fred continuó haciendo girar los discos, concentrado en su labor. Y de repente, se puso en pie bailoteando.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

—¿Todo?

—Sí. Las nueve cifras.

—¡Ábrela!

—Un momento. Antes de tirar de la puerta, siempre suelo besar la caja. Es una manía mía.

Y se inclinó y le dio un sonoro beso a la superficie fría del metal.

Luego se apoderó del pomo; pero antes dijo volviéndose:

—Ha llegado el momento emocionante, amigos.

Los ojos de los presentes brillaban como alumbre.

Fred tiró de la puerta...

* * *

—Es al final de la calle.

—Sí, aquella casa.

—¿Y si parásemos aquí?

—Será mejor. Veo tres coches ante la verja.

—Deben de ser muchos.

Frank sonrió.

—Pero no importa. Les sorprenderemos y tiraremos sin piedad. Ninguno de ellos la merece.

—Desde luego.

Frank detuvo el coche bastante lejos de la casa. Bajó y vio que su amigo contraía el rostro al apearse.

—¿Te duele, eh?

—Un poco.

—¿Podrás disparar con la izquierda?

—¡Naturalmente!

—Vamos entonces.

Empezaron a andar.

Pero no llevaban avanzando más de diez metros cuando una especie de relámpago los cegó, obligándoles, por instinto, a lanzarse al suelo.

Una explosión horrísona hizo estremecer la tierra.

Pasaron muchos minutos, mientras llovían los cascotes, antes de que los dos amigos se atreviesen a ponerse en pie. Pero cuando lo hicieron, acercándose a la casa, no quedaba de ésta más que un montón de humeantes ruinas.

—¡Dios mío! —exclamó Frank.

—Sí. Ahora ya sabemos lo que contenía la caja. ¡Menos mal que el verdadero Singer apareció a tiempo, cegado por la ambición! ¿Volvemos a la ciudad?

—Sí, regresemos junto a los míos. He de informar a Callowan de lo ocurrido.

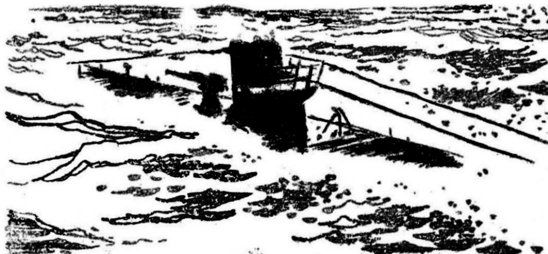
Volvieron hacia el coche.

Mientras, sobre la casa, el humo iba describiendo una línea ascendente que, por capricho del viento, formaba poco después una especie de rostro animado por una sonrisa monstruosa.

Al Fredson debía reírse desde alguna parte.

Su legado, por lo menos, había hecho justicia.


FIN



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
58.— Tráfico inhumano.— *Alan Star*
59.— "Space boys"— *W. Sampas*
60.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
61.— Locura dirigida.— *Alan Star*
62.— Póquer de damas.— *Alan Star*
63.— Cadáveres incompletos.— *W. Sampas*
64.— Asesinos en la torre.— *W. Sampas*
65.— Poder infernal.— *Alan Star*
66.— Ladrones de tumbas.— *W. Sampas.*
67.— Piratas Submarinos.— *W. Sampas.*
68.— ¡Ultimátum! — *Alan Star*
69.— Ojo por ojo.— *Alan Star*
70.— Huellas sobre la arena.— *W. Sampas*
71.— ¡Pánico!— *Johnny Garland*
72.— Sinfonía en Lüger sostenido— *W. Sampas*
73.— Legado de un “gangster”— *Alan Stars*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Por qué los hombres que morían en la tierra, víctimas de aquella rara epidemia, reaparecían vivos en la luna otra vez?

TRÁFICO SINIESTRO

¡La más sorprendente novela de *JOHNNY GARLAND*!

Precio en España: 7 ptas.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

[redacted]

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 11 pesos.

Notes

[←1]

Expirar, extinguirse, fallecer, fenecer, morir, morirse, palmar, pasar a mejor vida.